



lo observa Mr. Guizot, es el más noble y elevado empleo de las facultades humanas?

Buscamos un zapatero para que nos calce, un sastre para que nos vista, un médico para que nos cure, un abogado para que patrocine nuestro derecho desconocido, ¿y no buscaremos hombres de gobierno para que nos gobiernen? Tanto valdría pretender que la ciencia política no existe, ó bien que está al alcance de cualquier *quidam*, y que gobernar á los pueblos es un patrimonio común á todos los hombres, al sabio, al hombre mediocre y al ignorante.

Perfectamente conciliable con el principio republicano y democrático, reconocida y sancionada por las sociedades más democráticas del mundo, la preeminencia que le es debida á la superioridad intelectual y moral tiene además su consagración explícita en nuestro código político.

«Los hombres, dice el artículo 132 de la Constitución, son iguales ante la ley, sea preceptiva, penal ó tutiva, no reconociéndose otra distinción entre ellos sino la de los talentos y las virtudes.» Ya lo veis: nuestros constituyentes no pertenecían á la secta de los niveladores, y la Constitución, á la vez que establece ó proclama el dogma de la igualdad *ante la ley*, única igualdad compatible con el orden, el progreso y la existencia regular de las sociedades humanas, crea la aristocracia del mérito, la sola aristocracia legítima, aquella que no hiere derecho alguno ni puede lastimar las justas susceptibilidades de los hombres, porque trae su origen de la naturaleza ó del trabajo y tiene la sanción ó el asentimiento de la razón. ¿Será preciso agregar que en la mente de los que tributaron ese espléndido homenaje á la superioridad de la virtud y del talento, ó á los mejores y más capaces, correspondía de pleno derecho la dirección de los destinos sociales?

Reservad los altos puestos políticos para las inteligencias superiores; que ya sobrarán otros en que poder utilizar á los hombres de segundo orden.

Por lo que hace á los medios prácticos de formar un elemento gobernante, no entra en mi propósito indicar aquí los que me ocurren; pero en general pareceme que el primero de todos sería dar un carácter, á la vez que más moral más político, á la educación de la infancia, y principalmente á la de la juventud que frecuenta las aulas de nuestra Universidad, porque en la materia de que trato no es dado improvisar.

Las nulidades infatuadas y las medianías ensoberbecidas nos han arrastrado adonde arrastran ellas siempre á las sociedades que caen en el error de confiarles sus destinos: al borde de un abismo. Procuremos escapar á él y prevenir la reincidencia en error tan lamentable, por la formación de hombres superiores, competentes en el arte de gobernar.

PEDRO BUSTAMANTE.

## LAS DOS FUERZAS

A la memoria de mi padre.

Hay dos distintas clases de fuertes luchadores, dos armas diferentes, dos campos de pelea: la clase de soldados, la clase de escritores; la espada, que es tinieblas; la pluma, que es fulgores; el campo de batalla y el campo de la idea.

Con sangre están teñidas las manos del guerrero; manchada está de tinta la diestra del que escribe; es gloria doloznable la gloria del acero; el triunfo de las letras es triunfo verdadero; es Austerlitz un nombre; la Enciclopedia vive.

Al hombre lo hacen lobo los campos de batalla; al hombre lo deifican las justas de la idea; el libro es convincente; brutal es la metralla; el pensador redime; el César avasalla; Voltairno es una antorcha; Bismark es una tea.

Leonidas en la Grecia no vale lo que Homero; es inferior Augusto al orador romano; Cervantes es la gloria más grande del libro; entre Bacon y Cromwell, Bacon es el primero; Varca es un gigante, y es Rosas un enano.

Que tú, patria del alma, que sufres los horrores de la lucha fratricida, para tu gloria veas brillar sobre tu frente, con áureos esplendores, la luz de tus artistas, la luz de tus autores, la luz del pensamiento, la luz de las ideas!

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

## DE ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

El joven y bien reputado autor de *Sensaciones de Arte y de Literatura Extranjera* publicará muy en breve por la casa editorial de los señores Garnier hermanos un nuevo libro que llevará el sugestivo título de *Almas y Cerebros*. Esta nueva obra de Enrique Gómez Carrillo se compone de dos partes, rotulada la una «Historias sentimentales» y la otra «Intimidades parisien-ses», y lleva esta dedicatoria:

«Al señor Crisanto Medina.

Querido amigo:

» Ud. vive en París desde hace treinta años.  
» Ud. conoció á Lamartine, á Flaubert, á Victor Hugo, á Baudelaire, á todos los hombres que para nosotros, los jóvenes, son los héroes de una leyenda lejana. Ud. ha visto la Guerra y el triunfo de la Brutalidad ordenada contra el Heroísmo imprevisor. Ud. ha visto, también, la agonía del Imperio y la glorificación de la Burguesía.

» Ud. es un parisiense en la más alta acepción de la palabra.

» Este libro ha sido escrito en París, soñado en París, vivido en París.—Á Ud. se lo dedico, porque en el estudio de la existencia parisien-ses Ud. ha sido siempre para mí el más bondadoso, el más inteligente y el mejor de los maestros.

» E. G. C. »

De la índole principal de la nueva obra del elegante escritor americano podrá juzgar el lector por la página delicada y vibrante que, como valiosa primicia, publicamos hoy en nuestra REVISTA, debido á la exquisita fineza del señor Gómez Carrillo, que nos la remite expresamente desde París.

## ALMA INQUIETA

A Clarín.

I

Yo no creo haber sido nunca niño; yo no viví nunca en el campo; y sin embargo, esta mañana, al despertarme en mi lecho de monje, frente á la ventana llena de flores de mi celda, creí experimentar de nuevo una sensación infantil. ¿En dónde había yo visto, al amanecer, un balcón estrecho y florido como mi balcón religioso? En ninguna parte. ¿Cuándo he pasado una noche en el campo? Nunca.

No; nunca. Lo mismo que casi todos los parisienses, mis compatriotas, nací envejecido en un cuarto diminuto de una casa obscura, y pasé mis primeros años entre los muros de un liceo, y no vi jamás sino los árboles casi artificiales del Bosque de Bolonia, y nunca me encontré fuera de las fortificaciones después de las doce de la noche.

Las únicas madrugadas campestres de que puedo acordarme son las que he leído, las que los libros han hecho aparecer ante mi visión, las madrugadas vistas por los demás, en fin. Y no obstante, mis impresiones artificiales han llegado á confundirse de tal modo con mis impresiones reales, que mi primera idea, al abrir hoy los ojos, fué una idea de recuerdo. Yo creía, en efecto, haber contemplado esas flores y ese gran espacio claro, en otro tiempo, en mi niñez, en la verdadera primavera de la vida.

Ahora me río de mí mismo y de mi falta de sinceridad para con mi propia alma; pero la verdad es que la culpa no es mía, sino de los novelistas que continúan haciéndonos ver el eterno panorama de la infancia en un paisaje de flores y de aire puro. Si alguien nos habla de un niño muy dichoso, nosotros nos le figuramos desde luego en el patio de una granja... No hay nada que falsee tanto nuestras impresiones como la literatura.

Á las nueve de la mañana el capellán vino á visitarme con objeto de conocer á punto fijo el estado de mi ánimo. Según parece, el superior le había recomendado que me tratase con muchos miramientos. Su primera pregunta fué tan humilde y tan sencilla, que casi me pareció ridícula:

—¿Es usted filósofo?

—No, padre, no lo soy; si lo fuese no estaría aquí, en busca de Consuelo y de Olvido. Yo no tengo que arrepentirme de ningún inmenso pecado: mi vida no ha sido ni peor ni mejor que la de casi todo el mundo; pero he amado mucho y sufrido mucho; y como en París es ridículo llorar, y como llorar á solas es horrible; y como no espero nada, ni deseo nada; y como ella me engañó, he creído que el mejor de los refugios era éste... Más que para convertirme, he venido para llorar, para esconderme, para no ver reír.

Su consejo definitivo me ha hecho perder una gran parte de la fe que siempre he tenido en el talento de los confesores de los conventos.

« Depositar nuestra alma entre las ma-

nos de una mujer — me dijo — es como embarcarse en un esquife roto; la única que puede darnos la dicha es Nuestra Señora. »

.... Creo que si mi portera fuese católica, me habría dicho lo mismo.

II

¿Será por obra del poder divino? ¿Será á causa de lo raro que es aquí todo para mí? ¿Será un efecto de la fatiga? Lo cierto es que durante los tres días que llevo en el convento, casi no he sufrido.

«¡Casi no he sufrido!» He aquí una frase que no me figuré poder escribir nunca de nuevo.

Creo que comienzo á curarme. Hoy he hecho una experiencia verdaderamente cruel: me he quedado á solas con mis recuerdos y he hecho que mi Alma contemple todas las circunstancias de su Dolor... Mi vida dichosa, mi amor fanático por Luisa, los primeros dos años de nuestra unión, sus caricias, mi confianza ciega en ella y en su cariño, todo lo que podía preparar á mi Alma para que la desgracia le pareciese espantosa, en fin, se lo he repetido lentamente, fríamente, cruelmente. Luego le he hablado de la traición, le he dicho el nombre del otro, le he repetido las circunstancias minuciosas y ridículas del abandono; le he asegurado que otros, en mi caso, tienen derecho á matar ó morir; le he recordado la expresión de muchas sonrisas inolvidables, de muchas miradas misteriosas... Y, sin embargo, mi pobre Alma, marchita y enferma, ha sufrido ante el horror completo del cuadro, menos de lo que sufría hace una semana ante la sombra de un detalle cualquiera.

¡Alabado sea Dios, que comienza á tener piedad de mí!

III

Mi buen capellán me ha obsequiado con un ejemplar de la *Imitación de Nuestro Señor*.

Yo nunca he tenido una gran simpatía por ese libro autoritario, seco y paradójico. Mas ahora, que lo he leído por tercera ó cuarta vez, en el momento en que más necesidad de alivio moral tengo, mi poca simpatía se ha convertido en verdadero rencor contra el fraile que lo escribió. Sin duda el pobre Kempis no tiene la culpa de que la crítica haya considerado sus meditaciones como una fuente inagotable de consuelos morales; pero en realidad creo que dar la *Imitación* á un hombre que sufre, es engañarle y burlarse de él. Que Dios me perdone si blasfemo. Entre todas las máximas lapidarias y algo pretenciosas del famoso libro, no hay una sola que sea verdaderamente humana. « Aléjate del mundo, porque mientras más lejos estés del mundo, más cerca estarás del cielo. » « Desprecia las tentaciones, que sólo son imágenes del pecado. » « Si, todo eso es excelente; pero todo eso no nos da la menor indicación sobre los medios que debemos emplear para alejarnos del mundo y para escapar á la tentación. Y luego, ¡cuán poco ardor en las frases! ¡qué falta de exaltación, de lirismo,

de poesía! Para mí, los únicos libros que tienen una verdadera influencia religiosa en las almas atormentadas, son esos ardientes y locos tratados místicos de Santa Teresa y de la hermana Emmerich, en los cuales no hay retórica de ninguna clase, y que son sencillos, y que son sobrenaturales, y que están llenos de lágrimas... Después de todo, para consolar á los hombres no hay nada mejor que las mujeres. No sé si pienso una tontería ó si escribo una frase pecaminosa; pero creo que un elemento de consuelo que faltará siempre á los escritores religiosos y que existe en las santas citadas, es la voluptuosidad del sentimiento místico.

IV

Las obras de la hermana Emmerich han influido en mi alma de una manera contraria á lo que yo esperaba. En vez de calmar mis penas pasionales, las han avivado hasta el punto de que mis sufrimientos son ahora tan intensos como la víspera de mi entrada en el convento.

Tanto he padecido y tanto he llorado, en efecto, durante estos últimos tres días, que más de una vez he estado á punto de marcharme, de volver á París, de renunciar á mis ideas de retiro y de olvido, de volar hacia donde Luisa está, y de perdonarla, de perdonarla sinceramente, de ofrecerle toda mi vida por un nuevo beso, por una caricia como las caricias de antaño, de permitirle que me deshonre, que me convierta en instrumento de risa y de oprobio, con la condición de dejarse abrazar, de dejarse idolar.

Y lo más curioso, lo que mejor demuestra que el sér humano no escucha sino los consejos que se amoldan á sus propios deseos, es que mi orgullo ha desaparecido casi por completo, gracias á los consejos de la santa escritora... ¿Que los hombres se burlan de mí? ¡Y qué! Más me burlo yo de los hombres. El mundo es despreciable y la opinión humana vale menos que lo que no vale nada. El amor propio es odioso y vano. Lo único que debe ocupar nuestro corazón es el amor de los otros, el amor de Dios, el amor de los que sufren, el amor de una mujer... ¡oh Luisa, Luisa, aún te adoro!

V

Hoy he hablado francamente con mi buen capellán: le he explicado la impresión que las obras de la hermana Emmerich han producido en mi alma, y le he dicho que en ciertos instantes de soledad tengo miedo de mí mismo.

Á pesar de su aparente sencillez, el buen sacerdote lo había adivinado todo.

—« Todo eso — me dijo — no tiene importancia ninguna. Los santos mismos han pasado por crisis de pecado y de cobardía mucho más grandes y mucho más peligrosas que tu crisis actual. Lo indispensable es no dejarse acobardar. Abandona la lectura, huye de la soledad, y reza. Si dentro de nueve días, al terminar la novena que debes ofrecer á Nuestra Señora de las Victorias,

tus tentaciones persisten, volverás á París. Por lo pronto, un poco de valor, y adelante. »

No sé si es porque en el instante actual cualquiera palabra firme me parece admirable, ó si es porque realmente mi director espiritual tiene un gran talento como conductor de hombres, pero lo cierto es que sus consejos han cambiado por completo mis sentimientos.

Veinticuatro horas apenas después de haber deseado con todo el ardor de que soy capaz un beso criminal, me siento ya tranquilo y dispuesto á renunciar por completo á todo lo que se relaciona con mi pasado.

Mañana principiaré la novena, y antes de ocho días estaré curado por completo. ¡Valor ante todo!

VI

La tranquilidad, una tranquilidad relativa y melancólica, reina de nuevo en mi alma.

He comenzado la novena, y sin ser profundamente religioso en el sentido fetichista que mi confesor da á esta palabra, encuentro todos los días, al ir pasando casi maquinalmente las cuentas de mi rosario, y al ir repitiendo mis oraciones demasiado cortas, demasiado sencillas y un algo monótonas, un placer de humildad y de obediencia que me consuela. Además, las horas que paso de hinojos en la capilla me fatigan materialmente, y la fatiga material contribuye siempre á calmar los nervios.

Mi confesor viene á verme todas las mañanas, pero nunca me habla de mis penas. Hoy justamente, cuando yo quise darle algunos detalles sobre el estado actual de mi ánimo, me rogó que dejásemos ese asunto para más tarde.

« Estoy seguro — me dijo — de que cuando Nuestra Señora de las Victorias te haya oído rezar durante nueve días, la curación será más completa. Nuestra Señora de las Victorias hace todos los milagros que se le piden. »

La fe inquebrantable de este sacerdote ejerce en mi ánimo una verdadera dominación. Me parece tan fuerte moralmente, tan franco, tan sencillo y tan bueno, que cuando él está á mi lado no tengo ni aun el valor de sufrir, por temor de contrariarle.

Lo malo es que sólo viene á verme por las mañanas. Y mis horas fatales son las de la noche.

VII

¡Cuán largas son las noches, lejos de París! Me acuerdo que allá, cerca del boulevard, en mi casita perfumada y tibia, cuando no podía dormir poníame á leer ó á meditar. Y las horas pasaban rápidamente, y á veces la madrugada me sorprendía con un cigarro entre los labios y una imagen en el cerebro. Aquí cada noche de insomnio dura una eternidad. Cuando paso cuatro ó cinco horas sin dormir, me siento envejecer. Lo único que me ocupa es la oración, y la oración misma, en ciertas circunstancias, sólo me ocupa los labios. Más de una vez me he sorprendido pensando en ella, en Luisa, con cariño, casi con deseo, y ofreciendo, al mismo tiempo, á la Virgen, toda mi alma, y

el sacrificio de mi libertad, y todas las lágrimas de mis ojos. En otras ocasiones comienzo recitando una «salve», y al cabo de treinta ó cuarenta palabras paso, sin echarlo de ver, á una «Ave María.»

En el fondo, mi curación no va tan deprisa como mi confesor se lo figura.

## VIII

Mañana es el último día de mi novena. La Virgen me protege. Hoy he sido casi dichoso, y en dos ó tres instantes diferentes he reído de buena gana pensando en la ausencia ridícula de algunas de mis ideas: hijas Son las seis de la tarde, y aun no he pensado un solo instante en Luisa.

¡Pobrecilla! Para que Nuestra Señora sea buena conmigo, anoche le juré que pesaría desde el fondo de mi corazón á la que tanto me había hecho sufrir. Después de todo, ella también ha sufrido mucho, mucho, quizás tanto como yo. ¿Por qué guardarla rencor? No; no le guardo ya rencor ninguno, y aun creo quererla más que nunca, como á una hermana del alma. La Virgen me aprobará.

Creo que mi vida en este monasterio va á ser muy dulce, muy tranquila, muy dichosa. — Más tarde trabajaré sosegadamente; escribiré algo serio, una historia de la literatura mística, algo que sea útil á la gloria de Dios y á la ilustración de los hombres. — ¿Cuáles son los escritores religiosos de quienes podré hablar con verdadero entusiasmo? Santa Teresa la primera, naturalmente. . . luego la hermana Emmerich. . . y San Juan de la Cruz. . . y también Kempis; sí, Kempis es un gran consejero, á pesar de que en ciertos instantes de crisis nerviosa sus frases hacen daño; pero le leeré de nuevo, y como ahora ya estoy curado. . .

En verdad hoy no tengo sueño. Estoy contento. Hay algo, en el fondo de mi corazón, que parece moverse rítmicamente, que me anima, que me alienta, que me da vida y calor. ¡Con cuánto gusto iría á darme un paseo por el jardín!

## IX

Hoy terminé mi novena. Hoy he sido dichoso, completamente dichoso.

Mi confesor ha pasado varias horas á mi lado, me ha hecho mil preguntas, y al marcharse me ha dicho:

«Ya seguiremos charlando; tenemos mucho tiempo; estoy seguro de que dentro de diez años, si Dios no nos llama á mejor vida, todavía nos veremos aquí todos los días.»

Es un hombre excelente mi confesor.

## X

Estoy curado, enteramente curado. Durante los ocho días que han transcurrido desde que terminé mi novena hasta hoy, ninguna imagen violenta, ninguna tentación fuerte ha turbado la paz de mi alma.

Mi pasado aparece ante mi recuerdo como una historia muy antigua y casi como una aventura impersonal. ¿Fui yo, en efecto, el amante de Luisa, ó fué otro, uno de mis amigos, y yo sólo le serví de confidente?

Duermo bien; tengo buen apetito; mi confesor dice que he engordado; mis ideas son justas.

He leído de nuevo la *Imitación*, y la he leído con placer. Kempis fué un religioso triste y desencantado de la vida, que supo compendiar en un espacio muy corto la esencia de todos los buenos consejos y de todos los consuelos divinos. Parece mentira que este mismo libro, que hoy me parece tan admirable, me haya sido antipático en otro tiempo.

Ya he comenzado á trabajar. El Superior me ha permitido hacer traer de París algunos de mis libros preferidos, libros de versos en general. Para no escandalizar á mi buen confesor, no he querido hacer venir sino libros místicos, las poesías de fray Luis de León, las de San Juan de la Cruz, la *Cristiada*, la *Sagesse* de Verlaine, dos ó tres libros más de literatura y un Diccionario Littré. El nombre de Littré no ha sonado agradablemente en el convento; pero nadie se ha atrevido á decirme una palabra. En el fondo los religiosos no son tan intransigentes como el clero.

Estoy satisfecho de las primeras páginas que he escrito como introducción á mi historia de las letras sagradas. Mi confesor las ha leído, y me ha dicho que son admirables. El pobre santo me quiere tan tiernamente, que todo lo que hago le parece excelente.

Ayer me hizo una observación muy curiosa. Cuando, en un momento de abandono, yo le daba las gracias por sus grandes bondades, él se puso triste y me dijo:

«La amistad que tengo por ti, hijo mío, es uno de mis pecados, porque contiene algo de orgullo. Yo creo (y me arrepiento humildemente) que en mi solicitud por ti entra por mucho el sentimiento vanidoso de haber contribuido á tu salvación.»

## XI

Una circunstancia muy significativa ha venido á echar por tierra muchas de mis ilusiones sobre mi curación. No; aun no estoy curado; el mundo existe aún para mí; aun sé mentir, y desear y sufrir.

Entre las páginas de uno de los libros que me vinieron de París, encontré ayer un rizo rubio, un rizo de Luisa. Al principio pensé en entregárselo á mi buen consejero; pero, en verdad, no pude. Ese rizo me enloquece con su color de oro antiguo, con su color triste y delicado de cabellera de princesa, con su perfume, con su suavidad. Y, sin saber lo que hacía, lo he besado y me he quemado los labios en sus hebras. Y ahora, después de haber prometido á la Virgen que no volvería á verlo, que no volvería á tocarlo, que se lo entregaría al capellán, acabo de cubrirlo de besos apasionados y de lágrimas de deseo.

Mi alma, incoherente y débil, se encuentra más atormentada que nunca, sin saber á punto fijo lo que desea y lo que necesita.

... ¿Hacer una segunda novena? No, no puedo; me siento sin fuerzas. Lo mejor es confesarlo todo al confesor. . . mañana mismo. . . sí, mañana. . . después de haber

respirado el perfume de su cabellera, durante toda la noche. . . la última. . . ¡lo juro!

## XII

Aun no le he dicho nada á nadie. Pero he sido fuerte: durante dos días no he abierto el libro en que se encuentra encerrado ese rizo. . . Si mi celda se incendia-se de pronto. . . ¡Dios sabel. . . quizás así desaparecería la Tentación. . . ó quizás me echaría yo mismo entre las llamas para salvarla, ó para morir con ella.

La idea de la Muerte se presenta á cada instante ante mi imaginación. Mi alma débil no ve un refugio definitivo sino en el suicidio.

... ¿Por qué no me suicido? . . . ¿Por temor de Dios? . . . No; si no me suicido es porque no quiero dejarla sola en el mundo; por celos, por celos; porque la posibilidad de que otro, después de mi viaje, pudiese poseerla por completo, me haría eterno sufrir horriblemente aun después de muerto. . .

Luisa, Luisa, mi pobre, mi querida, mi adorada Luisa, ¿qué haces en este instante? ¿por qué no me llamas? . . . Si me hicieses una seña, pasaría, á pesar mío, por sobre el Honor y te iría á besar los labios, á besar los ojos, á besar los pies, á arrodillarme ante ti. . . á llorar de nuevo después de haber llorado tanto. . . á ser de nuevo tu esclavo. . . Luisa. . . maldita seas, porque te adoro. . .

## XIII

He seguido luchando; he tratado de resistir tres días más; no puedo. Mis actos de valor son puras hipocresías. No puedo. . . ¡Y yo que llegué á figurarme, cegado por la vanidad, que sólo la quería como á una hermana! . . . ¡Yo que le rogué á la Virgen por su alma! . . . ¡Locura! . . . Lo que me atrae, lo que me hace olvidarlo todo, perdonarlo todo, correr á arrodillarme ante ella, es ella misma, y la blancura de su carne, y su perfume, y sus caricias, y su belleza; ella, en fin, y mi Pasión. . . ¡Bendita seas, Luisa!

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

## LA RISA

El esclarecido poeta y hombre público chileno autor de la hermosa composición que en seguida luce, y cuyas producciones literarias han honrado más de una vez las columnas de la REVISTA NACIONAL, ha remitido á nuestro compañero de tareas el Dr. Carlos Martínez Vigil una carta, notable por más de un concepto, que se insertará en el próximo número de esta publicación.

## PARA EL ALBUM DE UNA SEÑORA QUE MIRA CON DESDÉN EL ESTILO JOCOSO

¡La risa! os oigo decir,  
¡Qué tema tan singular!  
Si sobre esto has de escribir,  
Vas por fuerza á fracasar.

¡Cuánto mejor no sería  
Que, aunque sudaras el quilo,  
Me hicieras una elegía,  
Ó cosa por el estilo!

—Tened paciencia, señora;  
No me condenéis tan luego;  
Que también ríe el que llora,  
Y á veces la nieve es fuego.

De ello testimonio dan  
Cervantes, Larra y Quevedo,  
Que, aunque riéndose están,  
Su risa nos causa miedo.

Guardad esto en la memoria:  
La risa es símbolo eterno  
De las dichas de la gloria,  
De las penas del infierno.

Y esta es mi idea precisa,  
Por más que ella os cause espanto:  
Como hay llantos que dan risa,  
Hay risas que causan llanto.

Cuando la risa sus huellas  
Pinta en infantil semblante,  
Es risa de las estrellas  
Y resplandor de diamante;

Instintiva aspiración  
Del alma para pensar,  
Y anhelo del corazón  
Para sentir y gozar.

Aquella sonrisa pura,  
Perfume es de la inocencia:  
Ella es en la creatura  
La aurora de la conciencia.

Y cuando ríe mi amada,  
Del desdén sin los resabios,  
Aquella risa adorada  
Hace un altar de sus labios.

Sus sonrisas son las flores  
Que, tierna, del pecho lanza:  
Son glorias de mis amores  
Y prendas de mi esperanza;

Son perlas que se derraman,  
Ó rubíes que se chocan,  
Ó perfumes que se inflaman,  
Ó espíritus que se tocan,

Ángeles que cuchichean,  
Flores con alma y con brazos,  
Picaflores que aletean,  
Alas que se dan abrazos,

Almas que su amor confiesan,  
Ecos de amor que se enlazan;  
Son suspiros que se besan,  
Son recuerdos que se abrazan.

¡Qué sé yo, señora mía,  
Que son sus sonrisas bellas!  
Cuando sonrío María,  
Tiemblan de amor las estrellas.

Pero cuando, el alma rota,  
Risa de lágrimas lanza  
Y en los raudales que brota  
Aniquila la esperanza;

Quando sola, yerta y triste,  
Busca el bien con su linterna  
Y nos brinda con un chiste,  
Lleno de amargura eterna;

Quando, con dolor profundo,  
Crispa sus labios quemantes  
Y asombra, riendo, al mundo  
Como el inmortal Cervantes;

Quando es la vida una carga  
Que como un dolor se lleva,  
La risa es la pena amarga  
Que al rojo labio se eleva;

Fermento de una existencia  
Que el dolor lanzó al abismo,  
Tinieblas de la conciencia  
En su último paroxismo;

Indiferencia que mata,  
Veneno de la amargura,  
Llanto ardiente que desata  
El alma en su desventura.

Ya no es cielo de alegría;  
Son las sonrisas de hielo,  
Son las hondas ironías  
De un amargo desconsuelo;

Las sonrisas son entonces  
Mil pensamientos que lidian,  
Luchas de ángeles de bronce,  
Arcángeles que se envidian,

Calumnia y bien que se estrellan,  
Luz que en sombra se convierte,  
Verdades que se atropellan,  
Estertores de la muerte:

Todo ese triste resumen  
De dolores infinitos,  
Que arroja inspirado el numen  
En sus inmortales gritos.

Así, señora, pensad  
Que no siempre es el reír  
Señal de felicidad;  
Que hay quien sonrío al morir.

Vuestros gustos no os desvíen;  
Que estas cosas no se ignoran:  
Á veces los llantos ríen  
Y las carcajadas lloran.

No hagáis votos por que falte  
La risa sobre la tierra;  
Dejad que la frente esmalte  
De cuanto noble ella encierra;

Sea la inocencia pura,  
Sea la pasión ardiente,  
Sea la inmensa amargura  
Del dolor que el alma siente.

Bien nos lo muestra la historia:  
La risa es símbolo eterno  
De las dichas de la gloria,  
De las penas del infierno.

ADOLFO VALDERRAMA.

Chile.

## «POEMAS»

(ISLAS DE ORO—LA LEYENDA BLANCA—  
BELPHEGOR—POR LEOPOLDO DÍAZ.)

No creo que me engañe mi pasión por nuestra buena tierra americana si afirmo que veo en ella, — en su presente y emprendedora vida mental, — en la acción entusiasta y animosa de su juventud, toda la vitalidad de la nueva florecencia de la poesía de habla española.

¡Cuánto elemento gárrulo y vacío, cuántas viejas cosas mal restauradas, cuánta ingenuidad pueril, en este movimiento *modernista* que hoy hace vibrar — confundiendo en sí, como todos los movimientos literarios, el canto de las aves y el vocear de las ocas, — la vida del verso americano! . . . Pero, también, ¡cuántas halagadoras promesas, cuántas notas inspiradas y altivas; cuánto talento y cuánta animación capaces de armonizarse en una obra de verdadero arte, en una obra duradera y fecunda! — Para la crítica bien intencionada es una grata tarea, es toda una fiesta del espíritu, señalar y levantar en alto las cosas buenas que trae esta revuelta corriente de publicidad, separar del montón vulgar cada una de las obras que lo merecen.

Leopoldo Díaz, — uno de los más gallardos mantenedores en el torneo de la actual poesía americana, uno de los más prestigiosos, y acaso, entre ellos, el que puede representar con más justo título el amor de la perfección exterior, el imperio de la forma pura, — es, también, de los que poseen en más alto grado, la noble virtud de la perseverancia y la pasión viril de la labor.

Vibrante todavía la huella luminosa de los *Bajos-relieves*, he aquí que el poeta nos presenta el fruto de su peregrinar por nuevos rumbos, en las *Islas de oro*, *Belphegor* y la *Leyenda Blanca*.

Ofrece cada uno de esos poemas un género de interés peculiar, y exhibe, bajo una faz diversa, el alma del artista.

De la idea del primero de los *Poemas* puede hablaros el recuerdo, seguramente no desvanecido, de una vieja lectura. Todos recordaréis de Becquer, la rima en que sueña la canción de los barqueros que llaman para el viaje al que pasa, mientras baten sus remos la espuma pintada por el iris: esa *eterna canción* á la que el poeta contesta señalando, tendidas á secar sobre la arena de la playa sus ropas, como el viejo Horacio los húmedos despojos llevados en ofrenda al dios del mar, que le preservaban de los encantos péfidos de Pirra. — Bien, pues: las *Islas de oro* tienen alguna seme-

zanja con las playas á que conducían los barqueros.—En la primera, detiene la marcha del pasajero del mar, el cántico que invita á aquel de los bienes humanos que el batelero de Becquer consideraba «mejor que la luz y el oro del día y las brumas de plata de la noche.» El escenario es el de una encantada Tempe. Teorías de vírgenes discurren por las laderas de celestes montañas. Naturaleza ciñe las galas de una primavera inmortal. Flotan confundidos, en los aires, aromas, cantos y gritos voluptuosos. Pero á veces surge, dominando el monólogo de la onda, un himno triste, que entonan los viajeros para quienes se desvanecieron ya las imágenes con que los llamaron á sí las Sirtes engañosas.—Es la segunda de las islas de oro la isla del tesoro vernal, la que atrae á las naves aventureras, á los ávidos perseguidores del vello-cino.—En la canción de los barqueros no sonaba esta nota.—Sobre sus costas coloreadas de fuego, se alza la Torre Azul donde se atesora todo el oro de Ofir. No tiene por atributos las flores, sino las gemas deslumbrantes. No despliegan, las naves que á ella conducen, blancas velas, sino velas de púrpura.—Y á las playas de la isla tercera, llegan, agitando verdes pendoras, los fascinados por la Gloria: héroes y poetas, visionarios y artistas, ambiciosos del laurel y la palma, todos aquellos que sueñan el más embriagador de los sueños.—Avanzan arrullados los unos por cánticos altivos, llena el alma de sol, vibrantes en la diestra las desnudas espadas. Los otros son los pálidos visionarios que lucen una aureola trágica y en cuyos hombros se ve la huella de dos alas perdidas; los mártires que pasan bajo palmas simbólicas, y llevan espigas en la frente, y en los labios la sonrisa suave del perdón. Y del grupo de los visionarios, cuando se han desvanecido sus quimeras falaces, se escapa el lamento helado del Hastío, que es hermano del Odio y de la Muerte.—En tanto, más allá de las islas encantadas, reina la noche del Misterio, la noche del olvido, eternamente silenciosa. Y, ante ella, siguen las islas fulgurando, y fulguran siempre, como un espejismo inmenso.

Esta preciosa idea se desenvuelve en versos elegantes y exquisitos.—Pero á la poesía inspirada y armoniosa de las *Islas de oro* prefiero yo la exótica y osada poesía de *La Leyenda Blanca*.

Ávido el poeta de originalidad, ansioso de aventuras fuera de las regiones conocidas donde su planta habría de estamparse sobre la huella de cien poetas, sale de nuestros suaves climas, se aleja, al mismo tiempo, de esos Trópicos tantas veces profanados en América por los versos vulgares, y busca—rumbo al Polo—las confidencias de la ráfaga helada que cruza, llena de rumores legendarios, por ciertos poemas bárbaros de Leconte.—La elección de este rumbo extraño descontentará, con frecuencia, aun á aquellos que toleren al viajero el viaje mismo: haber salido del terruño.—Sobre un escenario glacial, como protagonista de una tragedia fabulosa y enorme de venganza, un osoblanco de la estepa, enamorado de la hija de un Rey monstruoso que habita en

un palacio flotante y mira con un solo ojo de cíclope... He ahí un motivo de leyenda que no deslumbra por su poética virtualidad. Expuesto así, el argumento de la obra puede pareceros, efectivamente, de un supremo mal gusto ó de una extravagancia intolerable. Si la leéis de regreso de un ameno viaje ideal á aquellas regiones deliciosas del Arte que corresponden á las regiones del mundo que hacían suspirar á la Mignon del poeta, acaso no se desvanecerá del todo esa impresión. Si, para corroborarla, llamáis en vuestro auxilio á cualquiera Poética vulgar que doctrine en nombre de la mesura, de la tradición y el buen sentido, la leyenda os seguirá pareciendo extravagante.—Pero emancipad vuestro juicio de recuerdos amables y serenos; olvidad que se han escrito idilios clásicos en el mundo: alejad de vuestra mente á Virgilio, no penséis en Chénier, borrad *Jocelyn* de la memoria. En vuestro espíritu meridional, poned un poco de aquel áspero fermento del gusto que dan los jugos fuertes y tonificantes del Norte; tened candor; imagináos que vivís bajo las sombras que dan su prestigio á fábulas extrañas; sumergíos en las brumas que hacen posibles los espectros, y gustaréis entonces el crudo sabor de esta poesía, que á la manera de un bosque adusto de las heladas latitudes que se os atravese un camino del Mediodía, os desorientará primero para imponeros su grandeza extraña después.

Claro está que sin la habilidad de la ejecución, sin las sugerencias de la forma, sin el primor del arte, sin el cuidado de la estrecha relación en que está la eficacia trágica del drama con el fondo pictórico de la Naturaleza miserable, aterida, penitente,—sería trivial el efecto de lo maravilloso, se tornaría en ridícula la apariencia solemne de la fábula.

Pero el poeta tiene conciencia de todas las delicadas imitaciones de la idea escogida, y sabe obtener de ella un rico tributo de poesía, fecunda, original, que, ya resuena en sus versos con la grave y pavorosa voz de las olas y de las tormentas, ya se reviste de tonos melancólicos y suaves que resaltan sobre la ruda austeridad del fondo bárbaro al modo de cierta misteriosa alga que matiza de rosa la soledad de los hielos infinitos, y reflejan su luz sobre el mismo extraño protagonista de la leyenda, como el oso sensible de *Les larmes de l'Ours* del gran maestro de los *Poemas trágicos*.—La descripción tiene toques soberbios y grandiosos, toques de un pincel inspirado, que contribuyen grandemente al interés de un poema en que tanto importa el efecto de escenografía. Vago, fantástico y nebuloso el dibujo: el de los contornos de los témpanos enormes, de los áridos acantilados, de las nubes desgarradas y las olas inmensas; una sola nota de color: el blanco deslumbrante sobre el fondo negro de la noche que siempre dura.—En este ambiente espectral, se desprenden vaporosas nebulas de poesía ó vagan negras sombras. Hay preciosos pasajes. La invocación preliminar es un soberbio pórtico, que se diría cincelado en el hielo.—Para la presentación de la heroína, parece haber tomado el poe-

ta á la caja de colores de Gautier, los ampos blancos que deslumbran en alguno de los *Esmaltes*.—El monstruoso monarca, aparece en un fragmento que es otro primoroso cuadro, digno del anterior como contraste sombrío.—No así el *lied de los sueños* que canta la Princesa en sus horas de contemplación y de nostalgia, y en el que noto cierto aire de trivialidad, de *usada poesía*, que se conforma difícilmente con el aspecto general, de fresca y altiva originalidad, de la leyenda.—En cambio, me parece verdaderamente hermoso el himno del Norte que entona el príncipe amante de Yolanda, mientras devora, yendo hacia ella, las estepas sombrías, y suenan las campánulas que llevan los renjifos de su trineo. El himno que evoca las furias de los guerreros del Walhalla y la alegría siniestra de Odín.

*La Leyenda Blanca* es, en suma, una rara y preciosa flor de poesía, cuya especie me parece hasta ahora enteramente ignorada en el invernáculo levantado para toda suerte de vegetaciones exóticas por los cultivadores del arte nuevo de América.

Desde que en los días de iniciación y de lucha del decadentismo, Jean Moréas confió al grupo juvenil de sus rapsodas la revelación del prestigio de sus imágenes sugestivas y sus alegorías extrañas, el símbolo es, no sólo una «moda retórica» que triunfa, sino á veces un objeto de fe, en cuyo nombre se predica la renovación y se hace la guerra.—Para muchos está en él la verdadera condición de unidad del verso nuevo, y su imagen podría ser cincelada, dominando, sobre el pórtico de la triunfal é innovadora Poesía, como aparece en ciertos pasajes de la curiosa *Eleusis* de Mauclair. Para todos, es una divinidad en la mitología peculiar de nuestra época.—La crítica que, juzgando la poesía simbólica de los contemporáneos cuando ella se le presenta con ambiciones de sistema y de dogma, ya la considerará como una reacción y una anomalía encaminada á contrariar todo el sentido estético de la evolución iniciada en el Renacimiento, ya como fórmula preciosa de un arte nuevo, y aún de un cíclico arte del porvenir, ha de atenerse en ésta como en muchas otras cosas—para juzgarla en cada una de sus manifestaciones particulares, á las leyes sabidas y los cánones viejos.—Y la calificará de viciosa y anti-natural forma de arte cuando, nacida sólo de una arbitraria convención, es difícil, indeterminada y oscura, apta para procurar muy vagos estados de sensibilidad ó torturas inútiles del pensamiento, más que una idea ó emoción definidas; de hermosa y eficaz, cuando es el símbolo producto de una concepción simultánea de la imagen y la idea que representa, y no del artificio y la interpretación laboriosa; cuando por la fuerza plástica del símbolo, la relación de semejanza con lo significado aparece clara y traslúcida á los ojos del que lee; cuando, para expresarlo por medio simbólico también, es breve, y fácil, y armonioso, el puente tendido, por la mano del poeta, de la idea á la forma y de lo real á lo ideal.

El autor de *Bajo relieves* ha querido en-

sayar, en el último de sus *Poemas*, la virtud poética del símbolo. Y ha creado una leyenda tan hermosa por su sentido ideal como por su apariencia y por su arte.

Contemos cómo es la invención simbólica del poeta.

Belphegor, héroe gallardo y animoso, miró un día cruzar un águila blanca por el cielo á la hora en que se apagaban las últimas luces del crepúsculo.—Y el águila, que despertó en el Héroe deseos de volar, anhelos de hacer de ella su nave para llegar al ignorado País de la Quimera, descendió hasta sus plantas y partió llevándole consigo. Tendió su vuelo por cima de los montes, por cima de las nubes; llegó sobre los mares postreros que guardan el eterno enigma del Polo.—Y después de haber volado cien noches y cien días, se detuvo el águila y dejó al Héroe fatigado, frente al mar, sobre una pendiente abrupta, entre cipreses, donde sus párpados se rindieron al sueño. Entonces, á su pensamiento descendieron visiones. Llegó primero una forma blanca y nimbada, que surgía como de un vaho de misterio y vestía un manto de espuma. Belphegor reconoció al Ensueño. Llegó después una forma errante y cautelosa, con las alas de sombra y la palidez sagrada de los cirios. El Héroe saludó á la Muerte. Llegó por último una visión convulsa y vacilante, que expresaba el terror en el rictus siniestro de su boca, y sobre cuya frente se crizaban los cabellos como puñales rígidos. Y el Héroe conoció al Espanto. Pero luego descendió á él una aparición plateada y luminosa, envuelta en la blanca túnica de un celaje, que era el Amor. Las trágicas visiones separándose del Héroe que soñaba, murmuraron: Es un vencido. Y dijo el Amor: Me pertenece!

Belphegor despierta y sigue su viaje sobre el águila. Dirígenle, por sobre las olas turbulentas, á ignoradas regiones. Hay en ellas una misteriosa selva y una Princesa encantada que, yendo á velar en la selva misteriosa su anillo, quedó cautiva por arte de magia de un endriago. Belphegor, que ama los imposibles, sueña en amar á la princesa y arrancarla á la cautividad, venciendo el arte pérfido.—Ciñe, para la empresa heroica, su hoja templada en la sangre ardiente de un dragón; recoge el arco y el carcaj de plata, el clarín sonoro y el blando laúd de las endechas. Y penetra entonces en la profundidad del bosque encantado que se desenvuelve en una extraña espiral y á cuya entrada florecen amapolas negras y rojas que esparcen un efluvio de sueño, y amapolas blancas en las que se enroscan negras serpientes que dan al Héroe que pasa una siniestra bienvenida. Belphegor avanza silencioso y solemne. Crujen á su lado las hojas, las aves de la noche levantan su vuelo en torno del viajero, vagos terrores flotan en los aires, y los mudos fantasmas se enlazan en círculos sombríos, mientras, tejiendo sus telas, negras tarántulas parecen describir figuras de fatídicas danzas. Pero Belphegor prosigue su marcha entre las sombras. Divisa, en la profundidad del bosque encanado, un lago de aguas dormidas y serenas, en cuyas márgenes corre una fosca Quimera entre espadañas. El Héroe llega

á él... y prorrumpe entonces en un grito de asombro y de dolor que vunde propagándose en ecos infinitos: ha visto muerta á la princesa del ensueño... Besa Belphegor su frente divina y sus verdes ojos, ciñe sus cabellos con nenúfares que se despliegan en la superficie de las aguas, y marcha después á donde el águila le espera. Quiere volver sobre sus alas á la playa lejana, que arrulla el inmenso grito del mar, para que el mar sea el confidente de su decepción... Cuando el ave le deja, obediente á sus mandatos, en la playa, el Héroe queda sumergido en el estupor, en el silencio y el olvido. Entonces, el huracán, las aves que pasan, los monstruos del mar, las voces vagas del abismo, concitan á Belphegor á que despierte. Pero cuando Belphegor despierta y vuelve la mirada á su propio sér, ya sólo encuentra en sí, desvanecido el éxtasis pasajero de su ensueño, el vacío y la sombra: un océano de sombra. «—Llévame—dice al águila—al espacio infinito, á los abismos insondables donde el alma olvide todo sufrimiento.» Y mientras el águila corta con el filo ondeante de sus alas las nieblas del éter adornado, el Héroe le grita sin cesar: más alto! más alto!, hasta que se pierde arrebatado por el vértigo de la altura, y todo se esfuma y desvanece ante su mirada y sólo ve lucir las constelaciones sobre su frente como camelias blancas abiertas sobre el terciopelo de la noche.—De pronto, á la manera del ave que rompe la prisión oscura de su jaula, Belphegor se lanza al vacío. El pájaro enorme da un terrible graznido de rabia y de dolor, y recogiendo y oprimiendo al Héroe en sus garras, le suelta luego para precipitarse tras él. Y entonces, como dos visiones, como dos espectros confundidos en una misma sombra, ruedan al abismo infinito

El Héroe  
y el águila.

He ahí, pues, la simbólica aventura de Belphegor.—El poeta manifiesta, al narrarla, que ha consagrado al pensamiento que trata de poetizar, todo su amor de artista; y la ejecución es digna del interés interno del poema. Intensa y poderosa la imagen, rica en fantástica grandeza. En frente de ciertas páginas de versos se me ha figurado á mí ver un dibujo dantesco de Doré. La versificación: original y primorosa. En nuestro poeta, la habilidad formal fué siempre poderoso rasgo de su talento. Es el autor de *Bajo relieves* de los versificadores á quienes han sido revelados aquellos misterios del rimar, de que no se habla en los tratados de Poética y que no alcanza á analizar la Prosodia; de los que perciben y saben hacer fecunda la estrecha y misteriosa relación del ritmo con el sentimiento y con la idea; de aquellos para quienes no ha de considerarse el metro como un molde inorgánico y de antemano convenido, en el que sólo se atenderá á ajustar, con rigores de Procasto, palabras y palabras, sino como una fuerza interna que despliega las alas del verso, ó las recoge, según el sólo íntimo de cada idea y de cada emoción.—Siempre

fué,—como decía,—poderoso el dominio de la plástica en el talento de Leopoldo Díaz. Pero el estudio rítmico de algunos fragmentos de esta que es la mejor de sus leyendas, señala, en esa principal condición de su genialidad, el punto más alto, y bastaría por sí solo á acreditarle de magistral versificador. Cuando el Héroe desciende, entre sinistras bienvenidas, la sombra espiral del bosque encantado, hay una imitación tan admirable de su descenso y de su agitación, en el movimiento rítmico del verso, que no dudo en calificarla de ejemplar, y que me recuerda—pero superándola en mucho todavía,—la de cierto hermoso pasaje de *El Estudiante de Salamanca*, cuando Montemar se debate entre los espectros.

Podría exigirse ahora, antes de terminar este comentario, la clave, la interpretación, del simbolismo del Héroe y su leyenda. Es de la crítica penetrar en el secreto de la obra de la Imaginación, y convertir al lenguaje de la idea lo que en ella se expresa en el lenguaje alado de la imagen. Probando, en dos memorables ocasiones, sus fuerzas en la poesía del símbolo y de las ficciones alegóricas, Gaspar Núñez de Arce quiso ahorrarse esa labor de análisis á la crítica; y él mismo confesó el pensamiento que habría tratado de representar poéticamente, en notas que son, después de sus poemas, como el reverso opaco de un disco luminoso, porque contraponen el procedimiento esencialmente prosaico de la abstracción y de la interpretación racional de las creaciones de la fantasía, al procedimiento imaginativo y sintético del Arte. Y la crítica, celsa de esta usurpación de sus fueros, le recordó que no era al poeta á quien tocaba hundir en sus propias creaciones el escalpelo de la razón y traducir en idea lo que en forma había expresado con anterioridad.—Mas la crítica misma, que evocando viejas palabras ha de limitarse á decir en ciertas ocasiones: *entienda aquel á quien le sea concedido*, ¿no puede hallar á veces un alto y escogido placer en guardar á la ficción simbólica del arte su velo transparente,—en no desvanecer sobre ella la semiclaridad ideal de la penumbra,—en dejar sin traducción vulgar el idioma de formas y colores del poeta?—El afán de los escoliastas—del que se ha dicho que haría trocarse el pliegue trágico de la boca del Dante en una sonrisa burlona—suele ser un afán inútil. Á aquel que lea sin que ningún pensamiento, ninguna emoción sienta despertarse en su alma en presencia de las imágenes que componen el símbolo, no se lo haréis sentir revelándole cuál es la idea que lleva en sus entrañas cada una de esas imágenes que no han logrado conmoverle. Y el que ha sentido el símbolo, interpretándolo de manera que diga algo interesante ó sugestivo á su alma, no ha de cambiar por la vuestra su interpretación.

Empero, el héroe de nuestra leyenda dirá á todas las almas una cosa semejante y en todas evocará un sentimiento conocido. Cuando Belphegor mira, con la sed de la altura, cruzar al ave legendaria que va á abismarse en las brumas grises del Septentrión, todos recordarán que ellos han esperado alguna vez, sobre la playa, al águila

blanca que vuela al País de la Quimera, ó tendrán conciencia de que aun aguardan que ella pase. Cuando Belphegor atraviesa, para arrancar de su encanto á la cautiva, el negro bosque del misterio, muchos recordarán que lo han cruzado alguna vez, ó sentirán acaso que lo cruzan, porque se congregan á su alrededor las sombras que flotan en los aires y les hieren las carnes los abrojos punzantes del sendero... Cuando Belphegor vuelve de su fracasada empresa sobre el águila y busca el olvido, el silencio, y el abismo, ¿cuántos sentirán que también han vuelto de su viaje, y que el propio Dolor es quizá un viandante que ha pasado en la ruta trillada de su vida, y que en su intimidad ya sólo queda sombra, sombra inútil, ansiosa de refundirse para siempre en la sombra!... De la inquietud que impulsa al alma en pos de las imágenes doradas que la hirieron; de la decepción, que pone su mancha sombría allí donde brillaban las doradas imágenes que pasaró; del vacío que empieza cuando han desaparecido los estímulos de la inquietud y se han agotado las lágrimas de la decepción, se compone un ritmo viejo y sabido, — como el de los días y el de las estaciones, — que sólo deja de cumplirse cuando Belphegor es precipitado, antes de terminar su trágica aventura, por el águila!

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

## DE RUBÉN DARÍO

Una distinguida señorita de Lima se dirigió, por carta, al cónsul del Perú en Buenos Aires, Sr. Rey de Castro, rogándole se apersonase al distinguido escritor Rubén Darío, y solicitase, en su nombre, un autógrafo para su álbum. El poeta envió los siguientes versos:

Una caligrafía de Kalifa quisiera  
Para escribir un verso melodioso, que fuera  
Seda y oro de Oriente y gracia y pompa de Asia,  
En honor de unos labios de Bagdad ó Circeasias.  
Ó una caligrafía de monje medioeval —  
Mayúsculas de antifonario, ó de misal,  
Miniaturas en fondo de azul, oro ó violeta, —  
Para escribir mis prosas de profano poeta.  
En honor de la virgen — ó no — de carne viva,  
Rosa, rosa rosada, trémula sensitiva,  
Ó femenina fruta, uva ó fresca manzana,  
Que yo celebraría en mi prosa profana:  
Mas mi caligrafía es pobre, si no toscana.  
Guarda, pues que lo quiero, esas patas de mosca.

RUBÉN DARÍO.

## PASIONARIA

La flor de un recuerdo de amores arranco:  
Yo vi tus pupilas cual fúlgidos Sirios,  
Y un ángel muy blanco, muy blanco, muy blanco  
Llenó mi pobre alma de rosas y lirios.

Ói de tu acento la suave armonía;  
Cual música excelsa vibró tu palabra,  
Y un ángel de fuego cruzó el alma mía:  
El ángel de fuego que el hondo amor labra.

Después, esas horas de un mágico alegre Pasaron; tu nombre ya nadie me nombra,  
Y un ángel muy negro, muy negro, muy negro  
Llenó mi pobre alma de lúgubre sombra.

Buenos Aires.

CARLOS ORTIZ.

## DESFILE DE LOCOS

RISAS Y GESTOS

Allá lejos, en el borde de la ciudad, y enclavada en el lomo suave de una cuchilla, hay una gran casa con un gran jardín: el Manicomio. Sin el sencillo campanario de su iglesia, que se distingue á la distancia por la pureza de sus líneas y el lavado de sus cuatro caras, y sin la larga verja exterior, que la oculta discretamente á las miradas importunas, la casa aquella parecería un lindo hotel de recreo, con pintorescas avenidas y bosques espesos, ó, cuando más, un convento de amplias vistas al mundo, construido de exprofeso para servir de cárcel amable á pecadores elegantes. A cuanto pobre diablo se le rompa ó descompona la sutil máquina del cerebro, ó se le ocurre tomar la existencia por su lado más libre y atrevido, se le encierra con su infortunio y con sus peligrosas ideas en aquel lugar, en compañía de muchísimos seres, locos también. Allí se reúne y se agita un mundo desconocido y raro, que siempre conversa, que ríe siempre, que gesticula sin descansar, cual gran muñeco de cuerda, insensible en absoluto á los merquinos odios y á los agudos dolores que sacuden á la humanidad. La esbelta y puntiaguda torre que se yergue severa por encima de las macizas copas de los árboles, amenazando desgarrar con la fina flecha de su pararrayos el lienzo azul del cielo, y aquellas angostas ventanas, de gruesos barrotos de hierro, que permanecen siempre vacías, como pupilas sin luz, han llegado á convertirse para nosotros, los que las contemplamos todo el año, día tras día y hora tras hora, en el símbolo de la locura humana, el símbolo perfecto de la vaciedad del espíritu y del cerebro. En la gran casa, todo es alegre exteriormente, y, sin embargo, todo su exterior refleja un tinte gris y monótono: las flores frescas del jardín, las limpias paredes del edificio, las baldosas, brillantes como espejo, de las escalinatas y patios, y el sonido vibrante de las campanas de la capilla, que llaman á orar, en la estrecha nave, á las almas buenas que imploran del Supremo Ser un poco de indulgencia para los infelices locos. A veces, al colorear la aurora ó caer lentamente la noche, se pueden distinguir, escuchando á través del obscuro ramaje de los árboles y de las hojas de las enredaderas, la blanca toca de una monja y la silueta de una mujer: es una hermana de caridad, imagen viva de la abnegación y de la paciencia, que distrae, con perfumes de rosas y sonrisas de la naturaleza, á una de sus delicadas enfermas, una idiota ó un demente, de rostro demacrado y ojos inquietos, para devolverle, á fuerza de fatigas y sensaciones puras, la lucidez perdida ó extrañada por el dolor. Observando atentamente más acá, cerca del ancho patio que da entrada al interior del asilo, se logran descubrir, por entre las barras del alto enrejado, manchas blan-

cas que se mueven sin cesar, y parece percibirse, flotando vagamente en la atmósfera, risas extrañas y nerviosas, que tan pronto remedian el estallido irónico de un sér desengañado del mundo y de sus alegrías efímeras, como el grito horrible de un pecho que el sufrimiento rompe en pedazos. Después... nada! El mismo silencio, la misma apacible monotonía: el soberbio edificio luciendo á la clara luz del día su hermosa arquitectura, en el marco verde de los árboles, y la torre esbelta tendiendo amorosamente los brazos negros de su cruz de hierro á todas las criaturas desamparadas que piden á la Caridad el cariño y consuelo que les niega la sociedad cruel.

Adentro, en el interior del asilo, hay lágrimas y sonrisas, historias sombrías y escenas cómicas. Penetrando por el portón del servicio ordinario, que conduce al último patio, no se encuentra, sin embargo, ningún detalle que conmueva, ni azota el ambiente ningún apóstrofe sangriento, que taladre el oído y produzca escalofríos en el alma. Todo aparece allí sereno, riente, envuelto en esa blanca nube de dulce tranquilidad que flota siempre sobre los hogares dichosos. El patio ventilado, bañado en esplendores de sol, extiende en un espacio regular su empedrado uniforme, y las anchas escaleras que comunican con los diferentes departamentos en que se divide el establecimiento, blanquean á porfía sus largas tablas de mármol, que se suceden unas á otras, trepando un largo trecho, hasta llegar á los sólidos portones de hierro que cierran el paso á los corredores internos. Hacia el fondo, en un terreno quebrado, con grandes hondonadas y jorobas pronunciadas, se alzan tupidos grupos de árboles y negrean pedazos de tierra rota, que esconden en sus zanjas paralelas, semejantes á líneas hondas, la simiente que más tarde ha de producir sabroso fruto, y aquí y allá, en triángulos pequeños, bordados de gramilla y cuidados con esmero, se destacan múltiples plantas de jardín, cargadas de flores, que se persiguen á lo largo de los caminos enarenados, mezclándose con los añosos troncos de las arboledas, y van á morir en la falda lejana de la cuchilla. Se busca allí un gesto, se desea una mueca, se pide un grito que haga recordar la locura, el idiotismo ó la imbecilidad, y se tropieza sólo con cosas limpias y relucientes, con retazos que seducen la vista é inundan de luz el espíritu y con hombres locos, pero reposados, que miran sin extrañeza y andan serenamente de un lado á otro, en tareas diversas y prosaicas: éstos solemnemente metidos en anchos delantales y gorros esponjosos, preocupados con la buena conservación higiénica de la gran cocina, una cocina monstruo, de ollas inmensas, suspendidas en lo alto por cadenas de hierro, y de fogones enormes, que crujen al calor de sus hornallas; — aquellos sentados junto á viejas mesas de zapatero, pegoteadas de cera y tintura, golpeando tenazmente en delgadas lenguas de cuero, bien arqueadas las espaldas y los ojos vacilantes acariciando el objeto de su labor; — y los de más allá, los más mansos y menos expuestos á repentinos ataques, dedicados con entusiasmo á la fabricación de cigarrillos de papel para sus demás compañeros de infortunio, sin preferir una queja, sin que en sus mejillas pulposas, sonrosadas como frescas, de estómagos nutridos sólidamente, se trasluzca el

desconcierto de sus facultades, ni se adivinen los eternos recelos que agitan sus imaginaciones inquietas. Es un trozo encantador aquel trozo del asilo, tan apacible y tan sonriente! Al entrar en él se lleva el ánimo encogido, presa de esa amarga emoción que producen las desgracias que se presienten en todo su horror, y á los breves instantes se disipan los temores que lo estremecen, como niebla corrida por llamaradas de sol, ante aquel espectáculo imprevisto, hermoso en medio de todas las desventuras que lo forman, que hace olvidar las manchas de miserias y desdichas que emnegrecen su fondo. Hay un noble afán de vivir, de gastar las energías en algo útil, en aquellos pebres faltos de juicio! Se resisten primero á las durezas del trabajo que les rinde y les sustrae á sus cerebros calenturientos, cuajados de visiones dolorosas y pensamientos persistentes, — causa verdadera de todos sus males, — pero una vez puestos á la obra, se apasionan poco á poco, sin darse cuenta de ello, hasta que concluyen por aceptar de buen grado una tarea que les distrae y les trasporta á otros mundos menos tenebrosos que el extravío de su razón, ó llegan á comprender, en una ráfaga de lucidez, lo miserable que es la existencia sin objeto, sin aspiraciones, ni deseos... Difícil es contestar á esta pregunta. Y, sin embargo, ella surge del fondo del alma toda vez que se admira á aquel centenar de criaturas desequilibradas, muy correctas dentro de sus amplios uniformes blancos, muy satisfechas de su vida tranquila y ordenada, y muy contentas de levantarse con el alba para castigar la materia con la fatiga saludable de la labor continuada y metódica.

De pronto reclinan los portones de hierro, y la decoración cambia bruscamente. El velo que cubre el interior del asilo se descorre, y del laberinto de pasadizos y cuadrados surge un montón informe de cosas horribles, que hacen desesperar de esta vida tan erizada de espinas y tan preciosa para aquellos mismos que sufren constantemente sus rigores. ¡Cuántas sensaciones, completamente opuestas, que chocan y entablan penosa lucha allá en lo íntimo del sér, se producen á la vista de tan distintos cuadros, que dejan luego en el corazón un temblor de frío que no se borra fácilmente! El primer detalle, sin embargo, que interesa al observador, es el aseó extremado que se advierte en todo, en la ropa de los asilados, en sus carnes robustas ó endebles, en las celdas, en las salas, y en los patios. El ambiente está impregnado de un perfume de legía y de ropa limpia que encanta. Todo es blanco allí: blancas las prendas de vestir de los dementes, blancas las camas donde acuestan sus cuerpos fatigados, y blancas también las paredes del edificio, y el mármol de las escalinatas y pisos, y las faldas de los hábitos de las hermanas de caridad, y el matiz de las flores que alegran el jardín...; blancura de nieve que contrasta con las negruras de abismo de aquellos cerebros enfermos!... Cada patio es un mundo: éste el de los locos tranquilos, que miran sin mirar, y viven indiferentes entre sí, como seres separados por una inmensidad; aquél el de los epilépticos, que horrorizan con sus enfermedades extrañas y sus ataques repentinos; y el de más allá de los furiosos, que gritan, y u aldicen, y llevan una existencia de tormento, sujetos á sus nervios, siempre en tensión, como cuerdas de

guitarra. En el lado opuesto están las mujeres: idiotas, locas y enfermas también. Las escenas allí son más desgarradoras, más horribles, y se ocultan pudorosamente. Sólo el taller de trabajo, instalado en el fondo de un largo corredor, permite la contemplación de algunas infelices, de papilas iluminadas por brillo insólito, ó de mejillas hundidas por el sufrimiento, encorvadas todo el día sobre la costura ó sobre el bastidor de bordado, sumisas al mandato de las hermanas de caridad, que las miman y las quieren, como se quieren á esos niños mal educados que hacen sufrir con sus caprichos y conmueven con sus ternuras. Oh! las buenas hermanas...! Sencillas y contentas siempre en su misión de sacrificios sin recompensas terrenales, cuidan de todos los enfermos con solitud de madre cariñosa, castigándoles con bondades y reprendiéndoles con frases que son caricias. Quizás ellas sean las únicas que logran despertar en aquellas almas muertas un hábito de cariño, un destello de sentimiento...! En otro lugar están las criaturas — ¡pobres criaturas, huérfanas de cariño! — que nacen al mundo en plena noche y se crían entre lamentos y risas, entre muecas de carnicatura dolorosa y alegrías de cuerpos histéricos. Estas enfermas, sí, que piden poco! Una nada de aire, una nada de sol y un trozo de jardín donde jugar con las flores, sus compañeras en pureza ó inocencia. Sus ojitos muy abiertos, deslumbrados por una claridad prematura, contemplan todo con fijeza, pero sin asombro, y sus labios de guinda se entrecienden para sonreír siempre, como si en sus espíritus infantiles, trastornados por la demencia, irradian incendios de gloria. Y todos estos seres tan distintos viven bajo un mismo techo, y comen á una misma mesa, y duermen en una misma casa, ajenos á sus dolores, á sus ansias, á sus sensaciones, como gentes desconocidas que ignoran buenamente la existencia de otros seres y de otras cosas...!

Pero los locos van á pasar. Vienen de dos en dos, cogidos del brazo, en una interminable columna blanca, con una rarísima orquesta adelante. Es el desfile de recreo, después del almuerzo, á la sombra de los árboles y en plena libertad. Todos los días, cuando el buen tiempo arrebola contento allá en lo alto, hacen esta breve escapatoria de sus encierros, en presencia de los guardianes, que les siguen de cerca, envueltos en sus obscuras blusas de mezclilla de algodón, cuidando severamente el orden de marcha, como maestros de escuela que sacan á pasear á sus traviesos alumnos. Los patios y corredores quedan desiertos y el ancho portón, que cae al parque, vomita trajes claros y carnicaturas variadas, que se prolongan y enroscan bulliciosamente en los troncos de los árboles, en una doble línea muy larga, muy cadenciosa, que caracteriza al compás de una característica marcha criolla. Son locos los músicos: un gran loco el que hace filigranas en el acordeón, gesticulando con los músculos de la cara; un loco inofensivo el que puntea en la guitarra, balanceando el cuerpo en un balanceo de caderas, suavemente insinuado; y loco también, amante al ruido, el que redobla en el parche del tambor, ágil y satisfecho, lo mismo que los cuatro ó cinco músicos más que completan la orquesta. Encuentran placer en ese ejercicio inocente, y sus guardianes se lo permiten, como bálsamo para el espíritu, en ciertas horas del día, y, especialmente, en

las reglamentarias caminatas de la tarde. Ejecutan bien aquellos infelices los escasos trozos de su repertorio, sin equivocarse, sin desafinar, sin demostrar una sola vez la menor torpeza de ejecución ó de oído. Las hermanas presencian el desfile, repartiendo consuelos y bondades á todos aquellos desdichados, que las miran con indiferencia, ó con ferocidad, ó las maltratan con gestos y palabrotas. Es el estímulo que recogen hoy para continuar mañana su obra de redención! Allí están casi todos: los mañosos, los furiosos y los epilépticos. Estos caminan temblequeando, débiles las piernas y caída la cabeza, sujetos por un enfermero ó apoyados en el brazo de un camarada de mesa, á quien enseñan de cerca, y en toda su repugnancia, la deformidad de sus músculos y las miserias de su cuerpo. Los mañosos sonríen con sonrisa de mármol, y caminan sueltamente, como gentes muy cuerdas, mirándolo todo con curiosidad y aplastando en sus labios móviles las palabras que en tropel les brotan de la garganta. Diseminados aquí y allí, bien separados unos de otros, van los enanos furiosos, terribles seres que gritan, que gritan siempre con todas las fuerzas de sus pulmones, dominando con sus voces, que á veces tienen la ironía de un sarcasmo y otras las fierezas de un rugido, los acordes de la orquesta y el rumor bravo de la muchedumbre loca. Aquel que camina apresuradamente, forcejeando con un guardián para salirse de la formación, alto, fornido, de rostro saludable y cabello canoso, bien rapado, siembra su camino de imprecaciones y juramentos, castigándose el pecho á golpes de puño, que retumban como mazazos á lo largo de la fila. Es un furioso inofensivo, que se maltrata á sí mismo únicamente. Su existencia se desliza entre apóstrofes y crisis nerviosas, que se resuelven siempre en aquella manía de castigarse brutalmente, hasta saciar por completo su hambre de martirio. El que avanza casi á su lado, los párpados colgando y la barba dolorosamente apoyada en el pecho, entregado á profunda meditación, es un gran criminal y un gran desdichado. Sobre su conciencia pesa un crimen. En un instante de celosa ira, perdida la calma por una ola roja que le subió á la cabeza, asesinó á su mujer, empapándose en su sangre caliente. Después quedó sin razón, y empezó á vivir una vida mártir, con una idea punzante clavada en la mitad del cerebro, que no le deja ver, ni discurrir, ni sentir nada que no tenga relación con su conciencia negra. Á trechos cortos se dibuja en sus labios una mueca fría, que contrae la piel, pero no ilumina las pupilas: es la materia que alienta sola, porque el alma yace arrojada en tinieblas!... La columna va marchando en animada marcha, recostándose sobre el fondo del parque. El tono blanco de los uniformes hace vivo contraste con el verde espeso de los árboles, cuyas ramas sacuden sus hojas sobre el montón de cabezas que sigue con sus movimientos los giros de la orquesta, en tanto que el buen humor, desparramándose como mancha de aceite de un extremo á otro de la línea, parece abrir los espíritus más retraídos á los encantos de la naturaleza alegre. De pronto vibra en el espacio una carejada horrible, metálica, algo de salvaje y de humano, que el eco repite en las lejanías; pero los trajes claros no se conmueven, ni los pescuezos se estiran curiosos y sorprendidos cuando la risa se repite más poderosa todavía, más prolongada, como si fuera el escape impetuoso de un pecho

de bronce ó del pecho de una fiera. Se está acostumbrao á la carcajada nerviosa y hueca del infeliz loco, el loco más bullicioso de la gran familia, que ríe incesantemente con estruendo, sin querer, porque aquella cascada de notas extrañas y rugientes le sale de adentro cuando menos lo piensa, hasta en lo mejor de su sueño, sin que haya poder bastante á contener el desborde. Al final de la columna se distingue ahora un pobre diablo, joven aún, de semblante apacible y andar sereno, que ha caído en la locura de creerse cuerdo. ¡Cuántos seres como éste hay en el Manicomio! Raciocinan, la mayoría de las veces, quietamente, dándose cuenta exacta de su triste situación en el asilo, entre sus colegas de desgracia, y de repente prorumpen en blasfemias, en gritos de ira y ademanes vagos, que denuncian la inseguridad de su razón. Es la clase de locos más abundante en la doble hilera inquieta, y también la menos peligrosa. No incomodan, no hacen daño, no hieren á nadie. Están reclusos porque su infortunio así lo quiere, y porque sus familias los arrojan de sus casas, ¡dónde quizás serían un estorbo!, como están reclusos los imbeciles ó los idiotas, hombres, mujeres y niños, que viven atados á la manía de reír estúpidamente y llorar sin motivo, sin que de sus labios brote jamás una protesta contra el destino cruel, ni de sus ojos una lágrima de quejido contra la flaqueza humana. ¿Qué saben ellos de estas cosas? Sus ansias se limitan á una existencia de quietud y á un rayo de sol para jugar con él con la mirada, y se encuentran tan cómodos tan á sus anchas en el Manicomio, como lo estarían en el campo, rodeados de flores y pájaros, ó en un hospital, en medio de llagas y dolores.... Ya la columna ha dado un gran rodeo, aspirando perfumes de vida, y vuelve bulliciosa, animada, dibujando zig-zags á lo largo de la vereda que muere en el portón de hierro. La orquesta suena sus últimas notas, con más vigor que al principio, y los guardianes corren de un lado á otro, imponiendo juicio á los revoltosos, metiendo en fila á los desordenados, que pugnan por saltar, por dar rienda suelta á su locura y su contento. Ahora se ve bien el rostro de los enfermos. ¡Cuánta careta repulsiva, y cuánta fisonomía sonriente, de hombres ciegos! Hay semblantes que se alargan hacia abajo en un gesto horrible, la boca atravesada y los ojos perdidos en las órbitas, y otros que se dilatan hacia los costados, en una contracción de risa nerviosa, que parece tirar bruscamente hacia fuera la piel de las mejillas. Muchas pupilas centellean con fulgores siniestros debajo de las cejas, mirando con dureza de acero, y algunas giran, entre parpadeos, de un objeto á otro, rápidamente, sin detenerse en ninguno, movidas por una fiebre excesiva de curiosidad. Allí se ven dos ojos muy abiertos que avanzan, fijos en un punto del firmamento azul. Son los ojos de un hombre joven, á quien los dolores han acerbado el rostro de arrugas y blanqueado los cabellos de nieve. ¿Qué busca en la inmensidad? ¿El mismo no lo sabe! Una intensa pena ha destrozado su espíritu. En un arranque de cólera ciega mató á un hombre y la justicia le juzgó, condenándolo á varios años de presidio. La muerte de su madre anciana—muerte quizás originada por él—le sorprendió en la soledad de la cárcel, produciéndole un golpe horrible en el cerebro, que luego se corrió al corazón. Tuvo valor para sobreponerse al casti-

go, y se irguió frente todavía, dispuesto á luchar. Algunos meses más tarde se reproduce el suplicio, y esta vez más terrible, más desgarrador. Su tierna compañera, agobiada por la pena de la separación, sucumbe también, y el hombre entero, de carácter fuerte, se quiebra entonces para toda la vida. Por un favor especial, logra el placer—bien amargo—de besar aquel cadáver querido, y en aquel beso pone toda su alma, toda la esencia de su espíritu, toda la luz de su razón..... Desde ese momento vive absorto, casi inmóvil, lejos de este mundo, vueltos los ojos hacia el espacio inmenso, tan inmenso como su infortunio..... Y mientras la columna blanca se desvanece, como rayos de luna, en las obscuridades del asilo, y el loco del acordeón derrama por las paredes del corredor las postreras armonías de su instrumento, el desgraciado camina como fantasma, con su infortunio á cuevas, la cabeza tirada sobre la espalda y los ojos profundos, sin brillo, muy fijos en las alturas.....

Aquel pedazo del asilo, tan suave, tan riente, ha vuelto á recobrar su silencio apacible, de hogar dichoso. De las ramas de las acacias y de los plátanos parece que aun colgaran girones de aliento de la comparsa loca, que ahora arroja á puñados, por encima de las altas paredes del edificio, las risas y sarcasmos de sus espíritus delirantes, y del fondo negro del corredor, ya vacío, surge un rumor sordo, de ruido subterráneo, que semeja la última vibración de un trueno que se hunde perezosamente en el mar. Todos los enfermos van á ocupar de nuevo sus puestos en los encierros, en los patios, en las celdas, donde se refugian á solas con sus manías, á pesar de estar aglomerados en grupos numerosos, mientras los más afortunados, los que han podido mitigar el escozor de sus males con la fatiga del trabajo constante, permanecen en sus talleres, ajenos á las desventuras que flotan en el ambiente, hasta que el día cesa de enviar su luz de oro á la superficie de la tierra. La vida está allí, en aquellos golpes de martillo, en aquella cocina humeante, en aquel cuarto de costura y de bordado, en aquel lavadero inmenso, y en la huerta acostada allá abajo, en el descanso de la cuchilla, que luce espléndidamente á los rayos del sol el verde matizado de su alfombra multicolor. Á medida que las dolencias de un desequilibrado ceden á la influencia de las duchas, ó de otro tratamiento cualquiera, se le destina, siguiendo una escala gradual, á los talleres, poblado aún el cerebro de tinieblas, y paulatinamente, como convaleciente de grave enfermedad que reconstituye sus energías en un severo método alimenticio, reconquista la lucidez extraviada con el esfuerzo supremo que le impone la labor cotidiana. (1) Dementes incurables hay que rechazan todo régimen y que no renacen jamás á la vida de la razón. Llegan al asilo en brazos de dos enfermeros, agobiados por el peso de una idea mala, y salen tendidos entre cuatro

(1)—Débase esto adelante y otros muchos y muy notables que han elevado el Manicomio á la categoría de un establecimiento sin rival en la América del Sur, á la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública, recientemente destituida. Suya es la obra humanitaria de arrancar á los enfermos á toda clase de castigo, y suyo también el procedimiento económico que se emplea y que permite al asilo una vida cómoda sin grandes gastos. Digna de especial mención son también las iniciativas felices que en el sentido de mejorar la existencia de los locos ha realizado el señor don Francisco García Santos, laborioso director de aquel establecimiento durante mucho tiempo.—N. del A.

tablas lisas, para dormir el sueño de la eternidad. Contra ciertas heridas del alma, semejantes á abismos, no pueden nada las duchas, ni el cansancio corporal, ni las sensaciones fuertes. Felizmente, no son pocos los que se redimen de su cruenta esclavitud y entran otra vez en el mundo por la puerta de los cuerdos. La gran casa enclavada en el suave lomo de una cuchilla, en el borde de la ciudad, realiza prodigios muchas veces en los pobres locos. El cuarto de baño, ancho y ventilado, en cuya piscina profunda rodeada de reparticiones estrechas y de aparatos y correajes de seguridad para los enfermos alborotados, se sumergen todas las mañanas, uno tras otro, invariablemente, los numerosos pupilos del asilo, y cuyas bombas y cañerías engullen y arrojan una cantidad fabulosa de agua, ha logrado muchas resurrecciones difíciles, casi imposibles, á cambio sólo de unos cuantos gritos salvajes, de unos cuantos estallidos de cuerpos flagelados. Son horriblemente dolorosos estos chorros brutales, cayendo como plomo derretido sobre un cerebro; pero el dolor engendra la vida, y cada azote de agua es un paso hacia la salud, un peldaño más hacia la claridad deseada. Antiguamente se castigaba con látigo, y hoy se castiga con higiene. Los talleres, rigurosamente instalados, han devuelto también la razón á muchos desgraciados, devolviéndolos al mismo tiempo al cariño de los suyos y á la existencia común, poblada de sinsabores, pero limpia de fantasmas y recelos vagos. De allí han salido los buenos peones que cuidan la huerta, con paciencia de agricultores apasionados de sus frescas hortalizas, y el que cultiva el jardín, enamorado de la fragancia que exhalan sus plantas, y los que hacen el servicio de cocina y comedor—un comedor larguísimo, de sólida mesa de mármol, con asiento para centenares de locos—y algunos de los que visitan el camión y ciñen la correa reglamentaria de los guardianes. Servidumbre toda loca, que ahora se desempeña con la diligencia de un cuerdo! En lo único que no han empleado todavía su actividad los desequilibrados, para devolver al asilo, en economías, lo que reciben en beneficios, es en los inmensos talleres de lavado y planchado, sujetos á la dirección y vigilancia de mecánicos expertos. Pero en día no lejano llegarán también allí. Llegarán, sí!..... El ruido continuo de aquellas bateas automáticas, de vientres profundos, que sacuden en legía, hasta dejarlos blancos como nieve, los millares de piezas de ropa de todos los establecimientos benéficos de Montevideo, y el rugido hirviente de aquellos motores que tiemblan al empuje de sus émbolos, echando al aire, en columnas de humo, el aliento formidable de sus entrañas caldeadas, es el grito de incitación á la lucha, á la vida del trabajo, la única vida que regenera el cuerpo y fortalece el alma!.....

EDUARDO FERREIRA.

## DE MI CARTERA

Á Juan Francisco Fiquet.

Á veces me devano los sesos para alcanzar el por qué escritores que no pagan derechos de importación en las aduanas del pensamiento—sandías verdes que no sue-

nan por más que se las apriete y estruje—tienen quien los apadrine y recomiende. Y con frecuencia también me calmo pensando que, según el testimonio de Estobeo, la fiebre mereció los elogios de Agripina.

Todo progresa y camina hacia adelante, confundido en un vértigo arrollador: hasta las instituciones llamadas retrógradas; hasta el calumniado cangrejo; cuando lo quiere; hasta los pájaros, que tienen las rodillas para atrás.

Á las mujeres al llegar á la pubertad, como á las frutillas al pasar á la madurez, se las suelen comer los pollos.

Los escritorzuelos que quieren á un tiempo ocultar el rabo y conmover el mundo, parecen no tener presente el hecho de que los piojos mueren al traspasar la línea.

Semejantes á las liebres, los hombres de genio duermen con los ojos abiertos.

No sé si Martínez Villergas ha dicho que hay hombres que en materia de ideas no tienen sexo. No lo dudo. Lo que no creo es que haya hombres que en punto de sexo no tengan ideas...

Pasada la estación de los amores—observan los naturalistas—la tortuga macho abandona á la compañera, por la cual parecía tener un entrañable cariño. ¡Gracias á Dios, semejantes niñerías son propias y exclusivas de la tortuga!

Obsérvase frecuentemente en la historia literaria y política de las naciones, que á la muerte de los varones dignos de la admiración pública, otros corazones heredan su nobleza y otros cerebros vigorosos su virilidad. Con ellos acontece lo que en la naturaleza con el Sol, que después de ocultarse en occidente, alumbró á la tierra por intermedio de otros astros.

Terminada la lucha, los soberbios triunfadores de la antigua Roma escuchaban el grito valiente de *cave ne cadas* (cuidado no caigas!) Si al oído de los jóvenes que revelan talento se hiciera vibrar como chasquido ese grito viril, no tendríamos que lamentar tanta inteligencia perdida, tanto ingenio esterilizado por prematuras alabanzas!

Los abuelos llevan cuero y cerote en el rostro, y nos miran con respeto; los hijos tienen aspecto pasable, y se codean con nosotros; los pleticos, propietarios de nuestras antiguas fortunas, nos desprecian.

El estilo remontado y florido es fácil, facilísimo para los que no tienen nada que decir, sino lucir una vagueación etérea: no lo es tanto para los que tienen que ascender con la farda pesada de innumerables pensamientos. Diríase que estos últimos necesitan á la vez la ligereza sutil de las ondinas y las fuerzas poderosas del Hércules legendario.

El hombre es fuego; la mujer *es-topa*; viene el diablo y.... convierte al hombre en *topo*.

Tarda más en pasar el río, como dicen, el que se ahoga en la barca, que el que va á buscar el puente. El pajarito que intenta salir del nido antes de emplumar, en vez de subir á lo alto, caería necesariamente á tierra, en la cual por de contado encontraría su tumba. Los apresuramientos siempre son peligrosos; y así, la mujer que da á luz seres antes de los nueve meses, llena el sepulcro de abortos, pero no de hombres la tierra.

Hemos descendido desde las alturas por nuestra voluntad: hagámonos, pues, dignos de las alturas por nuestros propios méritos. Las genealogías celestes van perdiendo día á día su otro tiempo avasallador prestigio. Es que las modernas escuelas no conciben la dicha en las tenebrosidades del pasado, mirando al cual, nuevos Orfeos, hemos perdido nuestra Euridice. Ellas despojan al hombre poco á poco de las insignias con que se exornó vanamente en los tiempos que fueron; de ellas es el porvenir, pletórico de esperanzas; para ellas, en fin, Adán no ha venido al mundo todavía, sino que lo será en lo futuro el hombre libre y civilizado que viva en medio de la felicidad.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

## CUADRO

Inunda el Oeste con densa hemorragia, de un claro de siesta el largo final; respira perfumes de pardas canelas el cálido alio que toca en Ceilán. La Mar, bajo el aire dormido, se duerme; rielantes azogues esmaltan la Mar, y el crudo celeste de un cielo de Argelia sumerge las cumbres que se alzan allá (las cumbres do encallan velludas tormentas.) En lecho de lotos reposa el caimán; la pálida fiebre, la mustia Ictericia, se duerme abrazando su negro carcaj. Blanquean las cales de torres lejanas; un vuelo de garzas se mira pasar; la Esfinge, con fijo mirar pensativo, sonríe á lo lejos del cielo oriental. El Nilo prolonga su delta encantado; bajo el sueño umbroso que agobia el palmar rompe como un verso de larga eufonía la gama monótona del pardo arenal. Voraces leones despiertan á esa hora; nerviosos perciben con férvido afán los trotes ligeros de esbeltas girafas que erigen sus cuellos por sobre el junca.

¿Qué tiene esa negra? (La negra está sola, sentada en la orilla.) ¿Medita tal vez? Medita. Fué un día de claros azules, de rojos flameantes, y un mar como aquel. Los blancos piratas llevaron las anclas; partió la balandra; pero ella no fué. La cafe era hermosa; la hicieron esclava; tras rejas sonoras moró en un harem;

la amó un abisinio de bíceps de bronce y faz á aguileña—titán más que rey.— Es de esos amores fruto el que llevaron, cuando la balandra sin ella se fué. El sol, í, en un baño de cálidos oros, matiza la con vetas de bronce su piel, y afirma con toques de enérgica brocha la curva rimante de su desnudez. Sus labios palpitan, sus labios de brasa; inquietos sus ojos, inquietos de ver, que vienen e otra noche tendiendo sus lutos, que vienen e otro largo desvelo también. Y envidiada á la hermosa pantera del bosque, y al crótalo negro codicia su hiel; desea es el filoso marfil de sus dientes, en horas amargas de horrible avidez.

Arribó la Noche. Las grandes tinieblas anunciaban á la onda su negra intención; el árabe ceba su vieja espingarda, y arregla de almohada su blanco albornoz. Despierta la tromba turbando los aires; la Mar, presintiendo la vasta succión, su tráfico de olas inquieta, y el Trueno redobla en la sombra su enorme tambor.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires.

## La Sibila de Cumas en París

Á Luis Berisso.

He ido á París á visitar al oráculo y he vuelto lleno de dudas y zozobras.

Aun recuerdo el aspecto de la sibila: los años no le habían pasado por ella. Desde aquellos tiempos en que sabios y reyes le enviaban sus mensajeros cargados de ricos presentes: pieles, vasos de plata, ungüentos, marfiles y collares; desde aquellos tiempos en que ella sola fué suficiente para hacer inmortal á la ciudad de Cumas, la sibila no ha envejecido, la sibila no ha desmejorado, la sibila tampoco ha perdido su ciencia enigmática. Antes, por el contrario, parece más joven... y más enigmática también. Se ha hecho parisense... ¡figuraos que ha trasladado sus tríplices y sus ánforas á la calle de Roma, y que recibe los martes! Ahora Cumas llora la partida de la sibila y París celebra su triunfo sobre aquella. También, la cosa no es para menos.

Yo he ido á París á visitar al oráculo y he vuelto lleno de dudas y zozobras.

He encontrado á la sibila sentada en un sitial antiguo de piedra, en cuyo respaldo alcanzé á leer, cuando la diosa inclinó la cabeza para humergarse un oído con el dedo meñique—incómodamente yo hablaba con voz muy bajita—esta inscripción francesa: *Divagations*. Me pareció una mujer muy amable, bastante espiritual, un poco coqueta, no poco comunicativa, pero muy atrasada en gramática. Por lo menos, yo no logré entenderle una sola frase; y á no haber estado allí toda una teoría de blancos sacerdotes—llevaban éstos los nombres de algunos escritores contemporáneos: Wyzewa, Mendès, Roujon, etc.—que me traducían los pasajes culminantes, hubiera salido de aquel recinto sagrado sin saber lo que se me había dicho.

No. Ahora recuerdo una frase que comprendí perfectamente:

-- He adoptado el nombre de Stéphane. Dijo esto con limpidez; con toda la claridad del que desea ser entendido y recordado.

Mi plegaria fué breve, pero ferviente. Quemé mirra é incienso, encendí los carbonos en los vasos llenos de ungüentos olorosos, llamé siete veces á los espíritus inspiradores, y postrándome de hinojos, echado el rostro sobre los tapices do reposaban los pies de la sibila, le supliqué con frases eloquentes que me pronosticara lo que sería el arte en lo futuro.

La legendaria sibila de Cumas— hoy la Stéphane de París— hizo los gestos y contorsiones de ritual, y de pronto rompió á hablar en verso, con una voz cavernosa y extraña:

Aime-je un rêve?

Mon doute, amas de nuit ancienne, s'achève  
En maint rameau, subtil, qui, demeuré les vrais  
Bois mimos, prouve, hélas! que bien seul je m'offrais  
Pour triomphe la fauto idéal de roses—

Yo confieso, para mi eterna vergüenza, que no entendí otra cosa que lo que traducen literalmente esas palabras: «¿Amo un sueño? Mi duda, conjunto de noches antiguas, acabase en ramajes sutiles que, siendo los verdaderos bosques, prueba ¡ah! que sólo me ofrecía por triunfo la falta ideal de las rosas.» Y es que yo no era un iniciado, ni mucho menos; y es que yo por toda ciencia tenía en el cerebro esta tirada de Brunetière— un amigo que me presentaron en la *Revue des Deux Mondes*, muy desapasionado y nada retórico:— Desgraciadamente, un estilista, pertenezca á la escuela que pertenezca— y hay bastantes escuelas, comprendida la de la incorrección y la del falso gusto (que no es la menos numerosa)— un estilista es un hombre que cree que la palabra nos ha sido dada por sí misma; que los vocablos, independientemente de la idea que traducen, tienen un valor intrínseco; y que, si el arreglo exterior es nuevo, imprevisto, sorprendente, por no decir funambulesco, después de esto importa muy poco que cubran un pensamiento justo ó falso, ó aún, si fuese necesario, que no recubran ninguno. Es natural que, interpretado así el arte de hablar y de escribir é imbuído en esta crítica amplia y decadente, jamás hubiera considerado como excelente el estilo de la sibila.

Pero allí estaba un sacerdote, que se parecía mucho á Teodoro de Wyzewa, para combatir mis perplejidades. Puso el índice sobre la frente y, cual si siguiera el vuelo de las tardas cigüeñas de su memoria, empezó á hablar lentamente, con una voz que parecía venir de muy lejos: «La poesía debe ser un arte, crear una vida. Pero, ¿qué vida? Una sola respuesta es posible: la poesía, arte de los ritmos y de las sílabas, debe, siendo una música, crear emociones.»

Encarrilado en esta vía, el sabio sacerdote se me deslizó con una nebulosa teoría artística. Díjome que la sibila tenía ideas profun-

disimas, las que jamás comprendería el vulgo; que su decir era algo más retórico de lo que se figuraban los gramáticos triviales. Su arte no era arte de mera forma; un arte en que sólo había palabras, palabras, palabras... su arte tenía también un fondo. Ahora bien; ¿cuál era ese fondo, esa idea, esa alma? Representar en el oyente las imágenes exactas que cruzaban el cerebro del poeta; desentrañar el alma de los seres y los misterios de las cosas; formular el signo que preside á las ideas más abstractas é iluminar las tinieblas de la locura, de lo desconocido, de lo absoluto. ¿Y cómo expresar una idea abstrusa, cuasi indefinible, indeterminada, vaga; cómo trazar los contornos, opacidades y medias tintas de un ensueño ó una pesadilla; cómo representar una imagen exótica, lejana, incoherente, desmedida, sin un nuevo léxico y una nueva sintaxis? Para expresar tales sentimientos é ideas hay que hacer, necesariamente, combinaciones armoniosas de palabras, de modo y manera que su acento, su expresión, su sonido propio y el silábico, los diversos matices de las vocales formen en el espíritu un apropiado ambiente— un ambiente nebuloso, de ensueño— donde puedan revivir las ideas más extrañas é inmateriales, las imágenes más esfumadas y diluidas.

Bruscamente se calló el raro sacerdote, como si temiera dar demasiadas luces á un profano.

Y en el gran silencio de la estancia sagrada— mormoreo silencio sobre el cual reverberaban los carbonos encendidos del incienso,— mi pensamiento acudió al amigo Brunetière, el cual ¡cosa rara! se mostró esta vez hurao é insociable. «Precisamente, lo que debe decirse con mayor claridad es aquello más difícil de ser comprendido,»— dijo.

La legendaria sibila de Cumas, trasladada ahora á uno de los barrios más aristocráticos de París, calle de Roma, pareció ahogarse con una volupta de humo blanquecino desprendida del pebetero de bronce que ardía á sus pies, y en medio de contorsiones espantosas, que desordenaban la cadencia fisiológica de sus miembros, gritó desde el fondo de su boca abierta como una caverna de piedras antediluvianas:

Tel qu'en Lui-même enfin l'éternité le change  
Le Poète suscite avec un glaive nu  
Son siècle épouvanté de n'avoir pas connu  
Que la Mort triomphait dans cette voix étrange

Eux comme un vil sursaut d'hydro oyant jadis l'ange  
Donner un sens plus pur aux mots de la tribu  
Proclamèrent très haut le sortilège bu  
Dans le flot sans honneur de quelque noir mélange

Du sol et de la nue hostiles ô grief  
Si notre idée avec ne sculpte un bas-relief  
Dont la tombe de Poe éblouissante s'orne

Calme bloc ici-bas chin d'un désastre obscur  
Que ce granit du moins montre à jamais sa borne  
Aux noirs vols du Blasphème épars dans la futur

¿Qué quiso decirme la extraña sibila al recitarme este soneto de Mallarmé,— este soneto que no lleva ninguna especie de

puntuación? Restablezcamos, por lo pronto, esa puntuación, según las reglas que nos da un crítico encantador, Jules Lemaitre: «Falta una coma después de *change*, un punto después de *étrange*, una coma después de *eux*, otra después de *tribu*, un punto después de *mélange*, un punto de exclamación después de *grief*, una coma después de *s'orne*, una después de *obscur*,— y, me imagino, un punto final.»

Y bien; ya está hecho; pero aún no sé qué quiso decirme la sibila. En vano leo y releo la traducción que me entregó— no en un papiro, sino sobre un rico papel del Japón— uno de los sacerdotes de la diosa. He aquí la traducción: «Convertido, al fin, en sí mismo, tal como nos le muestra la eternidad, el Poeta, con los relámpagos de su desnuda espada, despierta y previene su sigilo, espantado de no haber advertido que su voz extraña era la gran voz de la Muerte. El vulgo, que se había estremecido al principio como una hidra al oír á ese ángel dar un sentido nuevo y más puro á las palabras del lenguaje vulgar, proclamó muy alto que el sortilegio que nos arrojaba lo había bebido en la innoble ebriedad de los ajenjos.— ¡Oh crimen del cielo y de la tierra! Si, con las imágenes que nos has sugerido, no podemos esculpir un bajo-relieve con que se adorne su tumba resplandeciente, que por lo menos este granito, gran bloque semejante al aereolito que un desastre misterioso arrojó sobre la tierra, sea la barrera contra la cual vengan á quebrar su negro vuelo las blasfemias futuras de los enemigos del poeta.»

¿Qué quiso decirme la diosa? ¡Oh duda martirizadora! ¿Seré acaso un ilustre *Celui qui ne comprend pas*, según la gráfica expresión de otro sacerdote de la sibila?

Desesperado, he abierto los viejos antifonarios y he escuchado las palabras divinas. Mis ojos se han cegado con luces ultraterrestres. Mis labios se han inflamado con un licor de fuego. He vuelto de París lleno de dudas y zozobras.

En un nuevo misal, hecho para los profanos, la *Revue Blanche*, he estudiado la cor-tienda de Lucien Muhlfeld y Marcel Proust sobre la «claridad». Y estudiando, estudiando siempre, he llegado á decirme con Charles Maurras— un amable compañero de quien hablaré cualquier día de estos— que aquellos sabios polemistas olvidaron lo principal por lo accesorio.

Olvidaron decirnos que, las más de las veces, tantas y tantas obscuridades, una vez disipadas por la luz del lenguaje corriente, no encierran ningún tesoro, ningún misterio ninguna idea, imagen ó sentimiento digno del trabajo ejecutado para hacer la luz.

Y sin embargo!... Aun resuenan en mis oídos algunas palabras de la sibila que me saben á rumores del aura entre los verdes mirtos de la Grecia legendaria. Entre las nieblas de un estilo modernista en alto grado, cigo decir al fauno misterioso:

Tâche donc, instrument des fuites, ô maligne  
Syrinx, de réfléchir aux laes où tu m'attends!  
Moi, de ma rumeur fier, je vais parler longtemps  
Des déesses; et, par d'idolâtres peintures

A leur ombre enlever encore des ceintures:  
Ainsi, quand des raisins j'ai sué la clarté,  
Pour bannir un regret par ma feinte écarté,  
Rieur, j'éleve au ciel d'été la grappe vide  
Et, soufflant dans ses peaux lumineuses, avido  
D'ivresse, jusqu'au soir je regarde au travers.

Tiene esta frase imágenes que parecen impresiones; y en el crepúsculo que envuelve el pensamiento con desmayadas tintas y apenas sombreados perfiles, adviértese la analogía con esa otra poesía de ensueño de que está impregnada *La Sensitiva* de Shelley.

¿Será, pues, una torcida interpretación la que he dado á las enigmáticas palabras de la sibila de Cumas?

Yo sé sí, estoy seguro de ello, que hay sensaciones tan refinadas, tan sutiles, tan excesivamente aéreas, que no existen palabras para explicarlas. Yo sé que hay imágenes tan incorpóreas, nebulosas, místicas y subhumanas, que no pueden reproducirse ni con los mágicos colores de la paleta ni con todos los vocablos del lenguaje. Yo sé que hay sentimientos tan recónditos, tan vagos, tan complicados, tan escondidos en la conciencia, que el artista más genial no encuentra palabras para narrárnoslo y rompe su pluma. Yo sé, en fin, que hay ideas abstractas, inextricables, complejas, vaporosas, tenues y delicadas que jamás encuentran estricta traducción en el lenguaje vulgar. Pues bien; ¿por qué un arte fino, nervioso y delicuescente no ha de ensayar la expresión de esas sensaciones, imágenes, sentimientos é ideas mediante un estifo hecho de claridades de luna y opacidades de pesadilla, un estilo cargado de joyeles y á las veces desnudo y blanco como el muslo de una ninfa, un estilo entrecortado, extraño, mitad mosaico, mitad melodía wagneriana, un estilo fundado, en fin, en una sintaxis nueva y en un nuevo léxico, según los cuales la prosa y el verso se compenetraran de tal manera que formaran un todo inseparable é irreductible?

Mi plegaria á la sibila de Cumas— hoy la Stéphane de París— fué breve, pero ferviente. Quemé mirra é incienso, encendí los carbonos en los vasos llenos de ungüentos olorosos y supliqué á la diosa, el rostro humillado en la tierra, que me pronosticara lo que sería el arte en lo futuro.

La diosa me contestó con enigmas. ¿Sabe acaso ella misma lo que ella misma dice, ó somos nosotros, los pobres seres vulgares, los que no sabemos interpretarla?

Maurras ha blasfemado: «En la inocencia de mi corazón ya le he llamado literato de China.»

¿Y por qué no?

He ido á París á visitar al oráculo y he vuelto lleno de dudas y zozobras.

VICTOR PÉREZ PETIT.

## Á UN ÁRBOL

Do mi árbol querido  
Calladas las hojas,  
Doblado su limbo,  
Parecen dormir.  
No escucho el arrullo,  
Ni tiernas cong-jas,  
Que allá en su lenguaje  
Se suelen decir.  
Si yo fuera hoja,  
Quisiera como ellas,  
Quisiera dormir!

Le azotan los vientos  
Con ráfagas frías;  
So doblan sus ramas  
Llorando tal vez;  
Ya tienden las tardes  
Sus alas sombrías,  
Amigas eternas  
Del triste ciprés.  
¡Oh sombra querida  
Del árbol que viera  
Correr mi niñez!

Sus flores perladas  
De fresco rocío  
Ornaron mi pecho,  
Mi placida sien.  
Su tronco, en las tardes  
Del cálido estío,  
Prestaba á mi hamaca  
Paterno sostén.  
Entonces velaba  
Mis sueños el ángel  
De luz del Edén!

Nudosos, encorvado  
Se inclina abatido,  
Cual triste viajero  
Cansado de andar.  
Saturno implacable  
Con furia le ha herido,  
Y él vuelve á la tierra  
Su cuna, su altar.  
¡Oh sombra querida  
De mi árbol, no puedes  
Mi tumba velar!

DORILA CASTELL DE OROZCO.

## BIZANTINOS

I  
RENÉ GHIL

Poeta exquisito y raro, mezcla de una imaginación fogosa y de un espíritu extravagante, delicado y femenino en la frase y psicólogo en el fondo.

Procedente de las campañas de Deux-Sèvres, nació en Turcoing, y oriundo de España, como casi todos los flamencos, tiene en las venas la sangre hirviente del meridional, y en su cerebro la fría sagacidad del belga. Su origen literario— como el de casi toda la juventud francesa— viene del magnate del rito, del emperador

de la música y del color, Carlos Baudelaire. Y Ghil, bonzo de la religión más delicadamente artística, fundó la escuela instrumentista-colorista, sosteniendo, en contra de Arthur Rimbaud, larga discusión sobre el color de las vocales, asegurando Ghil que la A, negra, tiene sonido de órgano; E, blanca, de arpa; I, azul, de violines; O, roja, de cobres; U, amarilla, de flautas.

Completando el tratado, asigna á las sílabas IE, IE, IEU, sonidos de violones; OU, IOU, UI, OUI, flautas; AE, OE, IN, arpas; OI, IO, ON, cobres; IA, EA, OA, UA, AN, OUAN, órganos.

Stéphane Mallarmé, su buen camarada y maestro, le prologa el célebre *Tratado del verbo*, libro que hizo una revolución en las sectas filosóficas por su contenido observador y en las capillas modernistas por su lenguaje terso y pulido, como esas corazas florentinas que usaban los gallardos caballeros Visconti.

Decadente y simbolista, ya en la vagabunda legión de Verlaine, como en la obscura y briosa de Moréas, sus trabajos fueron valientes y de alto renombre literario. En 1884 apareció el *Livre d'essais* que, bajo el nombre de *Légendes d'Ames et de Sang*, anunció en prefacio, y reunidos después, ilustró el plan con una vasta obra poética que intituló *Légendes de Rêve et de Sang*, dividido en seis libros, de los cuales el primero, *Le meilleur devenir*, es una explicación y también una reconstitución esencial del mundo paleontológico.

El libro II se titula *Le geste ingenu*. «Es una serie de poemas instrumentados, distintos, pero lógicamente ligados entre sí para que el libro sea UNO en la obra UNA.»

Á esta primera obra seguirá otra, en la cual *la raison cherchée de l'Étre humain* pasará á *la raison cherchée de l'Humanité*.

Enjuto, de cara seca y cetrina, alborotado el cabello, los ojos negríssimos, chispeantes en sus cuevas oscuras, la boca estrecha y aguzada, el bigote fino y pronunciado y la frente ancha, carnosa, como portada limpiada de la gran obra de su cerebro, va el autor del *Imromptu* salvando su eufónico nombre del olvido, y grabándolo en el libro de su siglo, y en la historia literaria de su Francia, donde se une á los de Baudelaire, Corbière y Verlaine.

II  
JEAN MORÉAS

Nació en Atenas, el 15 de abril de 1856. Félix Feneon, en una de sus biografías, dice: «André Chénier era griego por su madre. Jean Moréas, el segundo poeta que nos envía Levante, es de raza muy pura. Sus abuelos se dedicaron á ese género de sport que consistía por el 1824 en destruir galeras otomanas para servir de asuntos á Delacroix: uno Tombazis, que aterroriza la Armada del Sultán, como lo declara una canción popular existente todavía entre los marinos del Archipiélago; el otro Papadiamantopoulos Gotzabasse de la Moréa, que atraviesa la flota turca y va á morir en el sitio de Missolonghi.»

Los cabellos, de tan negros, le forman una

aureola azul sobre la frente, erizados y altaneros los bigotes, la nariz larga y sensual, el ojo derecho detrás del monoculo: tal es el amigo de Verlaine, y el compañero de taberna y de verso de Paul Adam.

Estudiante en la Universidad de Heidelberg, bebió cerveza en las orillas del Rhin desde Francfort hasta Baviera, continuando por Sttugard hasta Génova, y en 1872 resolvió fijar su estudio en París y entrar en la cábala de los regeneradores, publicando su primer tomo, *Les Syrtes*, de versos nuevos, de correcta sintaxis, vocabulario prismático, aunque con alguna tendencia a Heine y Goethe, que fué el medio donde se inspirara.

En diciembre de 1891 publicó el *Pelerin passionné*, y se erigió jefe de la escuela simbolista, recordando los grandes días del romanticismo, y poco después creó la escuela que más se ha sostenido en Francia: «Agrupación romano-francesa.»

Entre sus libros de un simbolismo alambicado se notan *Les Cantilènes*, dividido en *Funérailles*, *Interlude*, *Assonances*, *Cantilènes*, *Le pur Concept*, *Histoires merveilleuses* y los *Iconostase*, poemas nefelibáticos y teogónicos.

Moréas es un espléndido frasista. De Maurice Barrés dice: «Barrés es un gran muchacho con figura de procónsul: un procónsul que siente estar vivo; un procónsul que luchará con Taine y con M. Renan.»

De la patria de Argyros Eftaliotis sólo recuerda, malamente, el idioma. Porque él es más parisiense que ateniense.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

New York.

## LA MUERTE DEL PROTAGONISTA

¡Con qué inocente fruición, con qué tímido orgullo de padre joven abrió Juan Carlos Reina el primer ejemplar de su libro! Casi ruborizado, como virgen que lee el primer billete amoroso, recorrió sonriendo levemente, lleno de ingenua complacencia, las pequeñas páginas, encantado con la nitidez de la carátula, aspirando la frescura de la impresión reciente como un perfume grato.

Acababan de traerle la edición toda, nueva, húmedo todavía el papel, oprimidas las hojas como hojas de sensitiva medrosa, y el bueno de Juan Carlos gozaba allí entre sus libros el placer del autor novel que tiene en sus manos finalmente la primera obra hecha libro, el ensueño de tantas noches hecho realidad, exhalando ese conocido olor de la tinta fresca, tan simpático á los que escriben.

Fué aquello el mirar y remirar las cubiertas, los folios, las letras una por una, el nombre del autor, su nombre tan limpiamente estampado á la cabeza de la obra nueva, de su obra por fin impresa, concluyendo por desahogar su alegría con un furioso restregón de manos que, á no ser manos jóvenes, se incendiaran con este fro-

tamiento repentino, provocado por un espasmo de contento nervioso.

Aquel libro había sido la obsesión, la idea fija, única de Juan Carlos durante seis meses. Ver su novela en libro era ya para él una necesidad absolutamente imperiosa desde que la diera por terminada.

Había puesto en su creación todo el amor del artista novicio, entregado á ella por entero, viendo en todo momento vagar sobre las cuartillas esa nube multicolor de bellas ilusiones que ve siempre el ingenuo optimismo juvenil de los poetas nuevos. Había experimentado todas las febriles impacencias tan conocidas, soñando con verla reproducida en letras de molde, pronta para ser leída por todos, muchas veces desalentado hasta la desesperación al no poder lograrlo tan pronto como lo deseara; y ahora, viéndola por fin impresa, hecha libro, reverdecían sonrientes las esperanzas, llamébase alegre el entusiasmo en su alma joven, como al concluir calenturiento y agitado un buen capítulo vislumbrando triunfos y aplausos; y nuevamente veía evocarse las bellezas de su obra, las muchas bellezas que nacieran en esas páginas al calor de su deseo, porque allá en su fuero interno encontraba hermosísima la novela.

¿Qué dirían de ella? La verdad es que tenía partes lindas. Aquella escena —la que evocaba fijando la mirada en el espacio y haciendo con la mano un movimiento como de quien modela algo en el vacío, —aquella escena iba á dar golpe, ¡qué caramba! ¡Ya lo creo que iba á dar golpe!

Y sonreía alegrado por el buen sol de abril que cantaba su nota dorada en el patio, mientras hacía el canario arabescos de música con sus gorjeos.

Feliz como el pájaro y alegre como el sol, silbando un motivo monótono cien veces repetido, empezó por fin á acomodar la reducida edición en su cuarto, con mucho cuidado, deteniéndose de cuando en cuando, olvidado de la tarea, para examinar, muy escrupuloso, algún ejemplar al acaso, grandemente contrariado al hallarse con una letra cargada ó un guiño corrido.

—Bueno; éste para mamá,—dijo por fin con satisfacción, separando un ejemplar flamante.

Había concluido la tarea, y sentado en la vieja mecedora en medio del patio, fumaba mirando al cielo, beatíficamente abstraído, gozando el íntimo placer del que espera á alguien para darle una buena nueva. Luego la imaginación se le fué lejos, á vagar en los espacios con los trinos del pájaro que seguía cantando en su jaula, y así estuvo largo rato, sosteniendo apenas la mano el ejemplar destinado á su madre, la primicia de ternura para los ojos que con más cariño habrían de leerla.

El buen Juan Carlos despertó de su abstracción por fin, cuando aquélla llegó á lo alto de la escalera sofocada por la fatiga, los ojos un tanto azorados y el paso un tanto difícil. Todos estos signos volvieron á la realidad al joven, nublándole la frente con brusca transición.

—¿Y qué, tal? ¿Qué dice el médico? le preguntó.

—Me examinó el pecho—contestó la se-

ñora aspirando siempre mucho aire.—Me preguntó muchísimo...

—¿Y?  
—Y aquí traigo la receta —agregó dejando la gorra sobre una silla y alargándole el papel.

—¿Pero qué dice que es?  
Ella entonces, con toda la inocencia del que no sabe, pronunció una palabra, una de esas antipáticas palabras del tecnicismo médico, cualquiera, como todas clave de dolor, y sufrimiento y muerte en último resultado.

Oyóla Juan Carlos, y le pareció que sobre él caía de pronto un manto de hielo, de frío que le penetraba dentro, allá donde iba sintiendo la sensación de un algo que se derrumbaba dejándole vacío é insensible.

—¡Ah!—dijo maquinalmente, llevando atrás la mano en que tenía el libro.—Está bueno... está bueno...

Y quedó inmóvil, como paralizado, mientras su madre, con toda la despreocupación de los niños engañados, entraba á las piezas llamando al perrito.

Pero después de aquel hielo y aquel vacío, se le precipitó en la mente como un tropel de ideas encarnizadas unas con otras, entreverándose inquietas como una red de relámpagos allá en su pobre cabeza aturdida, sin lugar para todas: ¡tantas eran!

La palabra pronunciada por su madre era una verdadera sentencia de muerte.

El primer pensamiento, claro, que surgió de aquel relampagueo confuso que se quebraba y entrecruzaba en la mente de Juan Carlos, fué puramente para ella. La certidumbre del horrible desenlace de la enfermedad que había nombrado le llenó el alma de helada congoja, y la angustia del llanto, el último recurso de la impotencia, le apretó la garganta pesándole brutal sobre el pecho ansioso de desahogo, de aire, de lágrimas, de gritos.

Pero luego la eterna, la inmortal lucecilla blanca de la esperanza, fué buscando, obstinada y persistente, intersticio por donde penetrar la lobreguez, y volvió á la carga, tenaz como "es, destellando un rayito débil y tímido que luego fué expandiéndose, abriéndose como una aurora suave, hasta extender por todo su claridad pálida y dulce.

Al fin, aquel horrible desenlace era lejano, remoto quizá; el organismo—sabíalo Juan Carlos por triste casualidad—concentra todos sus medios de defensa en la lucha con esas enfermedades que roen el corazón, y la lucha puede prolongarse tanto, tanto!... Sí; aquello no era inminente; la idea de sedantes benéficos, de un sabio tratamiento calmante, le presentaba perspectivas de esperanza tranquila; y así razonando, volvió la calma poco á poco al conturbado espíritu del joven.

Entonces un gran desaliento lo invadió todo, enervante, sin reacción posible.

Aquella enfermedad á que acababa de ser condenada su pobre madre, aquella enfermedad era la que mataba al personaje de su novela; una muerte atroz, descrita en esa escena que él evocara poco antes modelándola con el pensamiento en el vacío; aquella enfermedad era la que él había es-

tudiado con tanto cuidado, casi con amor para mostrarla palpable en su obra.

¡Iba, pues, á presentar á su madre el espectáculo de la horrible muerte á que estaba condenada, haciéndole prelibar todos los dolores, las angustias todas, los sudores, los hipoes de su agonía, de su última hora en el mundo?

Al recordar su novela, aquella ansiada novela en que no podía pensar ya sin sentir un malestar mortificante, y que allá estaba cuidadosa, amorosamente apilada en su cuarto, virgen todavía, desconocida, veía Juan Carlos á su madre tal como concibiera en el último capítulo á su protagonista moribundo: la cara abotagada y pálida, la frente sudorosa, los labios violados, manchado de azul el rostro, horrible bajo las cobijas con el edema de las piernas, deformes hasta parecer montones de carne livida...

La necesidad de que aquel libro permaneciera inédito, desconocido de todos para siempre, se impulsó con el último estremecimiento de escalofrío nervioso provocado por la visión de la agonía. Pero entonces el egoísmo de artista, el más poderoso de todos los egoísmos, comenzó á trabajar el espíritu del joven autor. ¿Cómo destruir aquello que constituía su contento, su dicha del presente; cómo borrar esas escenas que él veía tan bellas, tan bellas en su imaginación y ver desvanecerse todo el trabajo, todas las fatigas de la ejecución, como un sueño fugaz? ¿Qué mano bastante insensible podría romper aquellas páginas que encerraban tantas confidencias de noble vanidad, y arrojar al viento todas las ilusiones, las esperanzas, las ambiciones en ellas depositadas, precisamente en el momento en que creía realizarlas con una aurora de contento en el alma?

No, no era posible; no era posible!...

Y esta resolución pugnaba tenaz por prevalecer, armada con la poderosa seducción de lo que nos halaga. Pero tras el cuadro de triunfo y gloria que ella descubriera aparecía entonces una escena de horror muy conocida: su pobre madre, presa de las últimas alucinaciones, desgreñada, palpitando entero el cuerpo hinchado y pronunciando con los labios azules, en medio de la tempestad del delirio, aquella palabra de la jerga médica cuyo significado él, Juan Carlos, su hijo, le habría enseñado, revelándole en vida los detalles de la horrible agonía, sacrificando á su vanidad aquella ignorancia feliz, absoluta, para la cual nada significaba ese vocablo del diagnóstico que encestaba una sentencia!

Durante tres horas, de esas que los grandes sufrimientos hacen eternas é inolvidables, todas las cobardías que buscan complicidad en las flaquezas de la conciencia lucharon en el alma de Reina, combatiéndolo sin compasión. Podía enviar todos sus libros á Buenos Aires, sin dejar uno solo que pudiera llegar á manos de su madre... arrancar del ejemplar á ella destinado aquel último capítulo fatal...

No; la conciencia decía siempre no; el menor descuido, la casualidad conspirarían contra el secreto, y una vez descubierto, ¿quién había de perdonarle aquella horrible cruel-

dad de su orgullo que no tendría ya remedio?

Pensó por último lo que hubiera hecho, lo que hubiera sacrificado su pobre madre por evitarle á él aquel dolor, aquel perpetuo terror de la agonía que él quería, cobarde, imponerle; y sintiendo en el alma todo el peso negro de las grandes desesesperaciones, se resignó á su deber, agobiado, rendido para siempre.

Allá en la azotea fué á formar un gran montón de papeles aquella edición virgen de su obra querida, desprendidas y revueltas las frescas páginas, apilados en desorden los pocos ejemplares enteros. Entonces, lentamente, Juan Carlos encendió tranquilo un fósforo y lo acercó.

El Sol acababa de ocultarse, y sobre las azoteas vagaba toda la tristeza de la tarde muriente, llena de susurros vagos y penumbras de misterio.

En medio de esta calma santa el joven miraba cómo extendido el fuego cubrió el montón de papeles desatándose luego en un loco lengüeteo de pequeñas llamas que parecían gritar al cielo la alegría del incendio triunfante. Las hojas blancas se retorcan, mordidas por la llamarada, como cuerpos que sufren, y todo crujió con un leve crujido de hojas secas, mientras allá lejos perdíase el humo en las brumas, como ilusiones que para siempre se desvanecen.

Y quizá Juan Carlos pensaba que era esto cierto, muy cierto viéndolo desaparecer en las lejanías mientras su obra era ya toda una gran llamarada sacudida por el viento naciente, como rebelde cabellera de fuego que hacía bailar sombras locas en las paredes.

Los ejemplares que quedaron enteros tardaron más en quemarse; pero acosados por mil llamas inquietas que los lengüeteaban sin cesar, asaltados por todas partes como por una legión de vborillas encarnizadas, concluían por reducirse á carbón, conservando en sus páginas negras palabras incandescentes, frases de fuego que Reina tal vez creía tener así escritas en la mente, quemándole el cerebro.

Finalmente, fué extinguiéndose el calor; las últimas chispas brillaban entre los tizones, y el humo se llevaba las últimas ilusiones. Entonces una ráfaga de viento lo acudió envolviendo con él á Juan Carlos como en un abrazo frenético y rápido, y luego el agua convirtió la novela, y las esperanzas, y las ilusiones, y la alegría en un montón de cieno negro tirado allá en la azotea, mientras la noche descendía tranquila sobre la ciudad, bendecida su primera hora por la luz lejana y pálida de las primeras estrellas.

Consumado todo, bajó en silencio Juan Carlos Reina y entró al comedor.

Allí, aunque él evitaba la mirada de su madre, una mirada de extrañeza inocente y tranquila, ella viéndolo á plena luz le dijo dudosamente:

—Pero ¡cómo! ¿Has estado llorando?

—No, ¡qué!—contestó el pobre joven—¡qué llorando! Es el humo; he estado quemando papeles...

Y era, en efecto, el humo de aquella ho-

vecitos, era toda su obra convertida en humo leve, lo que le había hecho llorar los ojos y le apretaba la garganta como si lo ahogara.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

## Perfiles Rápidos

I

RICARDO JAIMES FREYRE  
BOLIVIANO

Es poeta. Pertenece á la nueva generación, y abreva su inteligencia en el novísimo raudal de la decadencia.—Su espíritu está impregnado de cierta nebulosidad suggestiva, y las creaciones de su cerebro, visiones del Norte las más de ellas, tienen mucho de esa vaguedad exquisitamente bella de Maeterlinck. Su musa ama las desoladas regiones del hielo y se extasia ante las eucarísticas blancuras de los témpanos polares. Los brumosos días atraen fuertemente la sensibilidad de su alma delicada, y la deja ir allá, á la última Thule, donde el misterioso albatros de alas majestuosas se cierne como un bajel fantástico y silencioso.

Él sabe de los secretos del Walhalla y del idioma sagrado de Orga, y en sus versos musicales, cuyos ritmos poseen la orquestación wagneriana, pasan en fantástico acorde las enigmáticas ráfagas de los himnos runos.

En cuanto al estilo, es correcto y sencillo, exceptuando, naturalmente, aquellos galicismos dignos de ser cogidos con la burda y antigraciosa del excelentísimo señor don Miguel de Escalada (alias) Antonio de Valbuena.

RUBÉN DARÍO  
AMERICANO

Poeta delicado y exquisito, prosador de períodos armoniosos y elegantes, crítico demasiado benévolo y erudito notable y talentoso.

Rubén Darío reúne todas estas condiciones, lo que vale decir que es un literato de cuerpo entero, un verdadero literato.

Como poeta, ha triunfado ante las grandes autoridades europeas. Valera le ha prodigado flores, Castelar dice extasiarse con su prosa, y en Francia el maestro Jean Moréas le quiere.—Sus versos son gentiles y aristocráticos, y por más que se le haya llamado decadente y simbolista, nosotros sostenemos lo que ha dicho Groussac en el juicio sobre su último libro «Prosas Profanas.»

Que Darío es un revolucionario en América y que ha impreso un sello especial á la literatura sud-americana, está fuera de duda. Ha tenido y tiene muchos imitadores; pero, salvo muy raras excepciones, todos han fracasado.—El campo que cultiva le pertenece, y quien vaya á él morirá ó vivirá endeble y raquítrico.

Su primer libro «Azul» es un estuche de piedras preciosas. «Los Raros» un paseo lírico al través de las modernas letras uni-

versales, y «Prosas Profanas» el armonioso prelude de nuevas obras que le llevarán a la inmortalidad.

Nada decimos de sus primeros trabajos: ellos están tan lejos de lo que es hoy su autor, que sería imposible hacer comparaciones.

¿Qué más podríamos decir? Absolutamente nada. Él es ya universalmente conocido.

\*\*\*

LEOPOLDO DÍAZ  
ARGENTINO

Pocos poetas habrá que hayan sido tan discutidos como Leopoldo Díaz.—Y esto, a nuestro modo de ver, es quizá un gran mérito para él.

¿Será su eclecticismo artístico el causante?... Tal vez. Se le ha visto libar en diferentes florestas y se le ha creído sin personalidad. Nosotros por nuestra parte no lo discutimos: lo creemos el mejor poeta joven entre los argentinos, y le tributamos nuestros aplausos con sinceridad.

Díaz posee un dón altamente delicado de asimilación artística y sabe aprovechar. Él ha querido ser Hugo, y ha conseguido ser una partícula de Hugo; ha querido ser Heredia, y también lo ha conseguido, y por fin, ha querido ser simbolista, y, tenemos que decirlo, nos ha sorprendido. Pese a quien pese, su último libro «Poemas» es hermoso.—¿Dónde irá este poeta?... Seguramente lejos. Él posee lo que se necesita, es decir, talento, y con talento y buenos puños se escalan las cumbres.—Arriba, pues!

\*\*\*

LEOPOLDO LUGONES  
ARGENTINO

Este es una joven águila más negra que la noche y más brava que los tigres.

Es un flagelador de la burguesía, cuyo látigo sabe sacar sangre para purificarla.

Poeta, es decadente (es decir, así le llaman), y, salvo raras excepciones, hace cosas muy bellas y muy hermosas....

Bastará lo dicho para comprender que se trata de un escritor socialista, de un admirador de la Comuna y del estrepitoso derrumbe de la Bastilla.

Él ama de todo corazón al pueblo esclavizado, y declarándose su paladín, cree cumplir con un deber sagrado.—Que prosiga, que marche adelante: nosotros los jóvenes le queremos; vemos en él el defensor de una causa santa, y le acompañamos.

Muchas veces hemos saboreado sus trabajos intelectuales y nos han sugestionado. No hay en sus composiciones tenues y suspirantes armonías, pero en cambio se encuentran grandes chispazos y grandes relámpagos con metáforas a lo Hugo.

Seguramente, llegará a la meta. Es muy joven: cuenta sólo veintidós años:

\*\*\*

JOSÉ SANTOS CHOCANO  
PERUANO

Como Leopoldo Lugones, este poeta es también joven y amante del pueblo, aun cuando no con el furor socialista del primero.—Chocano defiende el pueblo oprimido por un tirano entronizado, mientras que

Lugones lucha contra el capital, contra los grandes industriales y contra el potentado de asnales patas que se hace arrastrar por árabes corceles.

El procedimiento artístico de Chocano es completamente distinto del de Lugones, lo que los separa sin dejarles casi punto de contacto.

José Santos Chocano como versificador es rudo y fuerte; posee el dón del apóstrofe, y tiene una lira bien templada, a la que sabe arrancar centellantes notas.

Indudablemente con el tiempo será todo un poeta de nervio; va por el camino de Almafuerte y Díaz Mirón, ó sea el camino que conduce al triunfo.

Varios libros ha publicado ya; primero «Iras Santas», bello libro, fuerte libro, terrible libro; después, «En la Aldea»: aquí es un poco débil, pero se encuentra siempre al poeta; y por último «Azahares», conjunto de composiciones amorosas que... algunas tienen versos de muchas sílabas....

Nos permitimos recomendar a este joven poeta, que siga los consejos de Luis Berisso: él le ama intelectualmente y espera mucho de su talento.

Buenos Aires.

JOSÉ PARDO.

## Vade retro

Musa libidinosa; la que, insana,  
te arrojas al fangal del sensualismo,  
para extraer del fondo de su abismo  
harapos con que el vicio se engalana:

¡Ah! no desdoras a la especie humana  
haciendo ostentación de ese cinismo  
con que, a veces, insólito erotismo,  
en bestia hacer al hombre, ruin se afana.

¡Apártate!.... Retírate al profundo  
antro de lo ignorado; no deslices  
tu planta impura ante la faz del mundo.

Con tu verba procaz no escandalices;  
que no hay belleza en exhibir lo inmundo  
de crapuloso holgar con meretrices.

CONSTANTINO BECCHI.

## SONETO

MI CABALLO

Para Victor Pérez Petit.

Tiene el bello alazán en que paseo  
Nerviosidades de bagual salvaje,  
Y alegrías de sol en su pelaje,  
En que una seda del Oriente veo.

Cuando agita en su artístico escarceo  
Los tersos brillos de bruñido herraje,  
Tiene todo lo extraño de un miraje  
Que se pierde entre luz de centelleo.

Ese hermoso corcel, por la mañana,  
Bajo un arco policromo de bruma,  
Al detenerse frente a la ventana

Donde me esperan con delicia summa,  
Rinde homenaje a una gentil saltana.  
Vertiendo rosas de argentada espuma!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

## SUELTOS

Con el presente número cierra la REVISTA NACIONAL el segundo de sus tomos.

Cumple dos años de existencia en circunstancias en que la República, desgraciadamente ensangrentada por la guerra civil, siente amenguadas las energías de su pensamiento y ve dispersos en bandos contendores los elementos que personifican su vida intelectual.

Plácenos manifestar empero, que la REVISTA, sobreponiéndose al abatimiento del espíritu público, ha continuado su bien inspirada labor y robustecido su propaganda con la adhesión y el concurso valiosos de conspicuos representantes de las letras americanas.

El índice que acompaña a este número es la mejor prueba que de ello podemos ofrecer. Y las voces de aliento que, dentro y fuera del país, más de una vez nos han estimulado, son, por otra parte, testimonios elocuentes de que no hemos dado al olvido nuestros propósitos, de contribuir en la medida de nuestras fuerzas al brillo y adelanto de la cultura nacional.

A nuestros consecuentes colaboradores, así nacionales como extranjeros, y a la prensa ilustrada, que tantas y tan repetidas muestras de benevolencia nos ha dado, enviamos el más cordial de los saludos y protestamos el más sincero de los agradecimientos.

Hoy, como el primer día de nuestra propaganda, podemos condensar los propósitos que nos inspiran en las palabras siguientes:

El trabajo ha sido siempre y en todas partes la misión ennoblecedora del hombre. Con él todo se vence: hasta las apatías menos justificadas; hasta la misma indiferencia glacial. En todas las circunstancias ha sido el consejo supremo de los grandes propagadores. Por él el hombre huella las cimas encumbradas de la fortuna y de la gloria, y las sociedades se regeneran, y los pueblos se levantan.

Laboremus.

Adviértese a los señores abonados a la REVISTA, que, terminando con el presente número el tomo segundo de la publicación, y a fin de regularizar las fechas de la aparición de los números y evitar los anacronismos consiguientes al retraso que vienen sufriendo, el número 49, con que dará comienzo el tercer tomo, aparecerá indefectiblemente el 10 de junio próximo, llevando la fecha de ese día, en vez de la de 10 de abril.